

El horizonte de los '90 / La unidad de los socialistas / Perspectivas del centroizquierda / La democracia perpleja / La revolución posible / Chile: los socialistas y el nuevo gobierno / El Bolívar de García Márquez / Nuevo programa de la socialdemocracia alemana / El debate Habermas-Rorty

¿Crisis de la política?

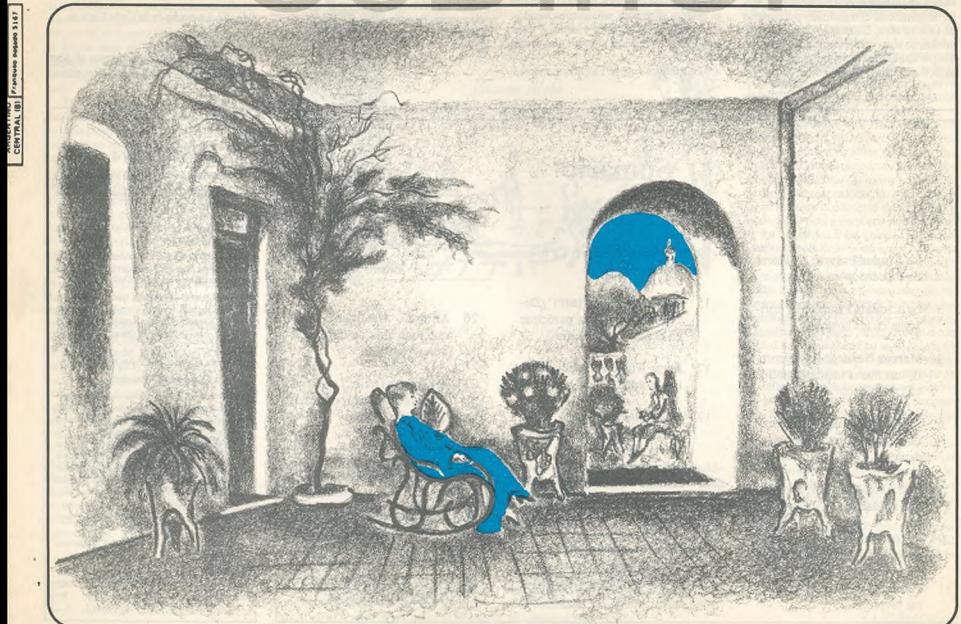
Novaro / Aricó / Franzé / Palominos / Boscoer / Weffort / Martner / Tula /
Klose / Reboiras / Rojo / Magris / García / Marimón / Ortiz / Bodei
Portantiero

La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Directores: José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula

Número 20, diciembre 1989 - enero 1990 ▲ 3.000-



Un Flores de ensueño, pero real

La Ciudad Futura

A fines de los años cuarenta, cuando todavía la crisis no había desalentado la confianza en la trascendencia de ciertas empresas culturales, la Municipalidad de Buenos Aires publicó una bellísima colección de litografías sobre distintos barrios y lugares de la ciudad porteña. En carpetas de sobria presentación, en un tamaño 40 x 30, se incluían en ellas litografías de reconocidos artistas de los años del primer peronismo. Algunos, como Batlle Planas, Bonomi, Larralaga, o Alfredo Guido ya eran figuras importantes en la plástica, otros, como Castagno, comenzaban a trascender. De los ocho carpetas publicadas hemos escogido las de un pintor, Héctor Basaldúa, porque tal vez sea en ellas donde con mayor claridad se pone de manifiesto el transformo permanente de toda su obra. Un mundo de lugares humildes, de seres comunes, pero transfigurados por una luz que les otorga el velo de misterio, inquietante y conmovedor, por todo lo

que ya se fue pero que sin nosotros saberlo sigue presente. Aparece aquí un Flores de ensueño, pero tan real como el que hoy paga las culpas de una administración comunal en quiebra.

Camino de carreteras tardas y pesadas era

el camino que llevaba al Oeste, donde la ciudad se perdía en la llanura. Después el pro-

greso fue ganando el campo. "La Porteña"

hizo su primer viaje ante los ojos asombrados de los vecinos, las distancias se acortaron, y nació y fue creciendo San José de Flores, barrio de siestas, de emredadoras románicas, balcones con niñas y geranios.

Después... Todavía creció y fue casi

cada otra ciudad, pero conservó siempre algo del

pasado: patios cubiertos de césped, portales

en sombra y frescura, amanececeres rosados,

rejas y balcones, geranios y niñas. Y tam-

bien retroe en la plaza y versos decadentes en los salones.

De este San José de Flores que sobrevi-

que ya se fue pero que sin nosotros saberlo sigue presente. Aparece aquí un Flores de ensueño, pero tan real como el que hoy paga las culpas de una administración comunal en quiebra.

Camino de carreteras tardas y pesadas era el camino que llevaba al Oeste, donde la ciudad se perdía en la llanura. Después el pro-

greso fue ganando el campo. "La Porteña"

hizo su primer viaje ante los ojos asombrados de los vecinos, las distancias se acortaron, y nació y fue creciendo San José de Flores, barrio de siestas, de emredadoras románicas, balcones con niñas y geranios.

Después... Todavía creció y fue casi

cada otra ciudad, pero conservó siempre algo del

pasado: patios cubiertos de césped, portales

en sombra y frescura, amanececeres rosados,

rejas y balcones, geranios y niñas. Y tam-

bien retroe en la plaza y versos decadentes en los salones.

De este San José de Flores que sobrevi-



Portada: El descanso en el patio de la calle Varela. Litografía

Héctor Basaldúa nació en 1895 en Perugia, provincia de Buenos Aires y falleció en 1976. Por casi veinte años fue escenógrafo del Teatro Colón, obtuvo el premio Palanza, el primer premio en el salón Nacional de 1956 y el primer premio municipal de pintura en 1937. La Eudeba legendaria de la época de Spivacow le encargó en 1963 ilustrar el cuento de Borges "El hombre de la esquina rosada" para la recopilación de *Cuentistas y pintores* y también los *Cuentos de Fray Mocho*. Y quién puede olvidarse de los guitarristas y malevos con que contrapuntó las *Milongas de Borges*? (Para las seis cuerdas Buenos Aires, Emecé, 1965) y algunos de cuyos dibujos hemos también incluido.

• Ilustraciones correspondientes al libro "Para las seis cuerdas" de J. L. Borges.

La Ciudad Futura

Epígrafes

Pág. 3. Portada de litografías.

Pág. 5. *Milonga de Los Morenos.

Pág. 8. Jardín de la calle recuerdo.

Pág. 9. *Un cuchillo en el norte.

Pág. 10. *El títere.

Pág. 11. *Milonga de don Nicanor Paredes.

Pág. 12. *Milonga de Jacinto Chiclana.

Pág. 14. El paso por la calle Directorio.

Pág. 15. *Milonga para los orientales.

Pág. 17. *Los Compadritos.

Pág. 18. *Milonga de dos hermanos.

Pág. 20. Inferior. *¿Dónde se habrán ido?

Pág. 20. Superior. *Alguien le dice al tanto.

Pág. 21. Almacén de la calle Miró.

Pág. 23. Fragmento de El paso a nivel Cuca Cucha.

Pág. 24. Vereda en la calle Juan Bautista Alberdi.

Pág. 26. Fragmentos de Patio en la calle Verthal.

Pág. 27. Fragmentos de La calle Culpina.

Pág. 28. Conversación en la calle Canalejas.

Pág. 29. Fragmento de Patio en la calle Verthal.

Pág. 31. Fragmento de Tapia en la calle Thorne.

Pág. 32. La noche en la Calle Caracas.

• Ilustraciones correspondientes al libro "Para las seis cuerdas" de J. L. Borges.

La Ciudad Futura

El horizonte de los noventa

S i la convención del calendario indica que cada diez años hay una especie de motivo épocal por el que se llevan a cabo las clases arbitrales, algunos permanentes y otras temporales, o por lo menos frívolos, nadie podrá negar que la presente década de los ochenta, que se acaba dando a su final, dejó para el análisis histórico elementos realmente trascendentales. Y eso es cierto porque ha sido un decenio cuyo transcurso se han verificado cambios fundamentales, algunos casi impensables antes de que irrumpieran en el universo de los sucesos y de la vida.

Por otra parte, dentro de lo que podemos llamar primer mundo o espacio del capitalismo avanzado, se consolidó la vertiginosa renovación de los métodos productivos que dieron a partir de las nuevas tecnologías, cosa que ha otorgado a dichas sociedades también otro tipo de dinamismo, fenómeno de modernización al que como socialista no debemos dar la espalda, sino por el contrario reconocer en toda su cabal profundidad. Esto implica no el cierre de las contradicciones, ni el "fin de la historia" que imaginan algunos intelectuales neoliberales, pero sí que haya relaciones más complejas, nuevos sujetos sociales, la demanda de otras formas de representación y un panorama donde los debates ya no admiten las simplificaciones del pasado, ni siquiera las del pasado reciente. Dicho salto gigantesco de las fuerzas productivas exige que sea pensado desde términos más sagaces que la mera negatividad.

Pero además, por otro lado, sería ingenuo creer que semejante proceso en el campo de la producción es ajeno a las transformaciones en cadena que se están concretando con ritmo de vértigo en los países del Este europeo. Tales transformaciones constituyen la segunda y más novedosa marca del decenio que en estos días culmina, y por sus características, como por las tradiciones políticas, ideológicas y culturales que son afectadas, no solo por las que desconocemos como hechos que nos tocan muy de cerca. De una forma u otra, lo que está llegando a su cenit en el Este es la tradición y los modelos socialistas del comunismo, ya que las nuevas generaciones hemos mantenido una larga vinculación de diálogo, ruptura y críticas realmente tormentosas. Ahora, son las sociedades donde la tradición comunista pudo construir en la práctica algunas de sus más notables teorizaciones, las que han resultado a sus principales instituciones, sobre todo al Partido único, omnívoro y propietario absoluto del Estado, toda credibilidad y valor representativo. Esas instituciones ya no representan —de hecho o de derecho— al todo social, ni al dinamismo o la transformación histórica, sino que son el principal obstáculo para el desarrollo libre de las fuerzas productivas, y tal certezza constituye el verdadero vigor donde se basa el sentido de la *perestroika*.

En el plano de la política, y de manera correlativa a esos grandes sacudimientos, cabe pensar que se ha ingresado, aunque no sin lentitud, remezones o mezquindades mutuas, a un cuadro de situación alternativo al mundo de Yalta. Ha quedado atrás la disputa bipolar entre dos fuertes bloques simétricos y hegemonizados por superpotencias y, en cambio, se perfila una etapa significada por la reunificación de Europa, las transformaciones con signo democratizador en el Este, el alejamiento del fantasma de una tercera guerra entre las naciones centrales y con teatro europeo, y finalmente hay pocas dudas de que

se plantea tanto un universo político multiplicador como una reformulación de los mercados y de las competencias económicas. Ello nos propone entrar a los años noventa con una óptica que se hace cargo de este panorama, el cual, pese a los intereses apresurados conceptuales de algunos, no clausura la vigencia y la necesidad del socialismo, ni las relaciones sociales bajo términos de mayor justicia, sino que potencia esas tradiciones y deseos en el marco de la racionalidad democrática.

Todos estos cambios, que acá resumen desde el punto de vista más general, señalan tanto a la Argentina como a la región latinoamericana un verdadero, crucial desafío: ese desafío consiste, ni más ni menos, en estar no a la altura de las transformaciones que se verifican en el mundo, y cuyo ritmo de ejecución de ninguna manera se va a acompañar al tiempo de nuestra propia historia. ¿Ha de quedar excluida América Latina de este proceso gigantesco?

Por lo pronto, vale apuntar tres condiciones para que eso suceda: vigencia de la democracia, voluntad política de reformar nuestras sociedades y unidad regional. La cuestión de la democracia, restaurada todavía sin consolidación real en buena parte de los países del sur del continente, es fundamental porque sólo con ella, ejerciendo a conciencia, habrá espacio para el desarrollo de procesos sociales que elaboran políticas transformadoras y consensuadas. Solidariamente, que las democracias latinoamericanas se afirmen en sus reformas profundas, las cuales deben abordar temas otras cosas—al rededor del Estado, las reglas del juego económicas y la inequitativa distribución de la riqueza. Y además, en el interior de un universo competitivo y multilateral, también resultará muy difícil la viabilidad histórica latinoamericana sin un programa de compatibilización pragmática de un mercado regional que, al mismo tiempo, sirva de palanca para negociar un papel digno con el resto del mundo.

Los problemas de la nueva época no tendrán solución, entonces, si se los piensa desde populismos de aldea, desde dictaduras autoritarias que clausuran las libertades sociales, o desde ópticas conservadoras clásicas o neconservadoras, las que sencillamente retoman el concepto de desarrollo y modernidad para unos pocos y dejan afuera los beneficios a las grandes mayorías. Tampoco tendrán solución sin un reformismo fuerte que actúe apoyado por bloques sociales amplios, capaces de llenar el actual déficit de hegemonía y de consenso que vienen los estados nacionales de la región y los sumen en una especie de crisis permanente. E igualmente no habrá salida factible si a la unidad latinoamericana no se la coloca en términos de utopía positiva dotada de realismo, extrayéndola para siempre del coro de resentimientos y de lamentaciones históricas que no hacen sino desplazar a otros sujetos los males y las responsabilidades propias.

Esas tareas de nuestro continente, del país y del mundo, el debate sobre el socialismo o el capitalismo, el debate sobre las reformas, la democracia y la hegemonía con cultural, donde la crítica y la exposición de las ideas tengan un sentido inequivocable. Esé sentido es, en definitiva, el de nuestra utopía: una utopía con el horizonte colocado en los años noventa.

Sumario

- 2 La Ciudad Futura: Un Flores de ensueño, pero real
- 3 La Ciudad Futura: El horizonte en los noventa
- 4 Marcos Novaro: Emergencia de una nueva identidad política en el Chaco
- 6 Javier Franzé: Centroizquierda: ese ambiguo objeto de deseo
- 7 José Aricó: ¿Unidad Socialista o unidad de los socialistas?
- 9 Héctor Palominos: Ni unidos ni dominados
- 11 Fabián Bosser: La democracia perpleja

Libros

- 13 Francisco Weffort: La revolución posible
- 15 Gonzalo D. Martner: ¿Deben los socialistas participar en el próximo gobierno?

- 26 Antonio Marimón: Hasta que todo arda de Carlos Dámaso Martínez

- 27 Guillermo Ortiz: *Lua Nova*, revista de cultura y política del Cdec (San Pablo)

Ensayo

- 21 Ramón F. Reboiras y José Andrés Rojo: Conversación con Claudio Magris

- 24 Miguel Angel García: El pionero de Ariadna (algunas indicaciones para salir del laberinto)

- 32 Juan Carlos Portantiero: ¿Crisis de la política?

La Ciudad Futura

B. Mitre 2094 - 1º (1039) Tel. 953-1581

Dirección: José Aricó, Juan Carlos Portantiero, Jorge Tula.

Consejo de Redacción: Javier Artigues, Sergio Bufano, Javier Franzé, Julio Godío, Antonio Marimón, Gustavo Merino, Guillermo Ortiz.

Comité Asesor: Emilio de Ipoli, Jorge Doti, Rafael Filippelli, Oscar R. González, Jorge Kors, Carlos Kremer, Marcelo Lozada, Ricardo Nuñez, del Carmen, Juan Pablo Renzi, Oscar Testr, Héctor Leis.

Maqueta original: Juan Pablo Renzi

Diseño y Servicio de Ilustraciones: Laura Rey.

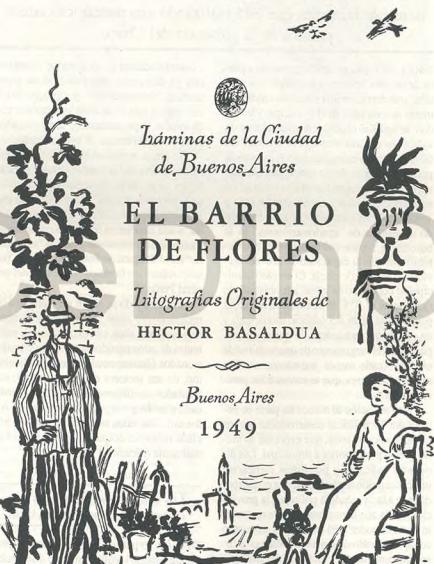
La Ciudad Futura recibe toda su correspondencia, cheques y giros en Casilla de Correo N° 177, Sucursal 12, (1412) Buenos Aires. Composición e impresión: Gráfica Integral, Alberdi 1995, C.C.P. Fed. Difusión y Divulgación del Interés, Distrito IV, Río IV, California 2587, C.C.P. Fed. Distribuidor en Kioscos de Capital: Sinfín, Saenz 710, Cap. Fed. Distribuidor en librerías: Punta Sur, Julio A. Roca 751, 4º C, Cap. Fed.

28 Remo Bodei: Comunicación y liberación (a propósito del debate Habermas-Rorty)

30 Cheques y giros a la orden de Arnoldo Martín Jauregi.

Nº de Registro de la Propiedad Intelectual: 150268.

Suscripción en el exterior (seis números): que incluye flete aéreo: US\$ 30.- Cheques y giros a la orden de Arnoldo Martín Jauregi.



Buenos Aires

1949

El tránsito de una época a otra

Centroizquierda: ese ambiguo objeto de deseo

Por Javier Franzé

Acaso sea porque todos dicen estar allí que no sea posible demarcarlo. Sus inconfundibles testaferos han acabado por conferirle el don de la ubicuidad, y esa omnipresencia escondida finalmente ha borroneado sus contornos. Es que estar aquí y allí no es más que una forma del oculismo. Y así, el espacio de centroizquierda —de él se trata— se ha vuelto, por estos días entre restaurativos y neocoonservadores, el más perfecto objeto de deseo: inapresable, inencontrable e insatisfactorio.

Hacia fines del siglo pasado, momento de su fundación, el socialismo argentino logró elaborar una respuesta a la demanda/ necesidad social que se había alojado en la sociedad civil como consecuencia de la programática hegemónica de los '80. Porque, no parece ocioso recordar en este tiempo de alianzas "en lo alto", las formaciones políticas son, entre otras cosas, producto de requerimientos socio-históricos irrenegables, pendientes.

En efecto, la modernización de la estructura social llevada adelante por la burguesía agroganadera desde las últimas décadas del 1800, al desplazar anárquicas formas productivas e imponer la lógica de las relaciones capitalistas, generó, como su lodo oscuro, el problema de la cuestión obrera. La incorporación de los contingentes de trabajadores a la vida política (el problema del sufragio y del inmigrante) y a la vida económica (mejoramiento de las condiciones de trabajo, acceso a mayores niveles de consumo), eran preguntas a las cuales no sabían ni podían responder ni la clase hegemónica en el poder, ni el radicalismo, que se situaba más bien alrededor de la cuestión política. La izquierda reformista, representada en el idealista justista, ocupó entonces ese sitio vacante.

Que la respuesta elaborada por el partido socialista haya sido correcta o no (principalmente, la defensa del librecomercio en función del abaratamiento de los productos de consumo popular), no es central aquí. Si lo es el hecho de que, no casualmente, la fuerte inserción socialista vigente hasta mediados de los cuarenta, tuvo como correlato la existencia de un programa propio capaz de dar respuesta a los interrogantes económicos, sociales y políticos que hacían a la cuestión obrera de ese tiempo.

Del mismo modo, y extendiendo el ejemplo, tanto el conservadorismo como el radicalismo lograron construir su consenso no merced a alguna relación mágica con el movimiento social, sino sobre la base de sus respectivas capacidades de respuesta al problema de la construcción de la hegemonía burguesa y al de la resolución de la cuestión democrática (cuyo instrumento fue la incorporación de las capas medias a la vida política).

Con el cierre del ciclo programático de los '80 mediante el remplazo del modelo de acumulación en crisis en los '30 y '40, con-

Hacia el momento de la fundación del partido socialista, la izquierda reformista y democrática logró, merced a la elaboración de un programa propio, ser protagonista de la vida pública. Tras la hibernación iniciada en los '40, que hoy parece llegar a su fin, los sectores que aspiran a ocupar el sitio del partido de reformas se enfrentan al desafío de reelaborar un programa político concreto, que explique sus condiciones de posibilidad en la presente coyuntura, como requisito para su crecimiento como bloque social alternativo.

cluía también una forma de hacer política desde la izquierda reformista. El partido socialista nunca se repuso —ni se sobrepuso— del fin de la época que lo había generado, por causas a las que no fueron ajenos sus propios límites ideológicos y organizativos. Nunca más volvería a darse el fenómeno de un partido socialista fuertemente enlazado a las clases subalternas.

El nuevo modelo de acumulación abierto en los '30 y '40, del cual el estado era el pivote que cohesionaba la alianza entre un socio mayor, la burguesía industrial y rural, y un socio menor, la clase trabajadora industrial, permitió, gracias a una sustitución de importaciones que posibilitaba, vía redistribución, aumentar el consumo popular y así la ganancia del capital privado mercadocentrista, soñar el sueño organizista de la "comunidad organizada". La izquierda quedó sin respuesta. Eclipsada por el nacional-populismo, y cegada por ese destino, adhirió a la programática: confundió nacionalización con socialización, sindicalismo de estadio con autoorganización obrera, y hizo propia la consigna de "justicia social" (es decir, la reorganización capitalista del consumo popular (plano de la distribución), no de los medios de producción; reorganización del consumo que además era funcional en esa etapa al capitalismo asistido estatalmente, productor de bienes de consumo). Una fuerza socialista, a fuer de recomponer su base social, abandonó su posición de izquierda, a fin de reconciliarse con el auge de las clases subalternas. A fuer de reconciliarse con la fuerza socialista, se puso a sueldo de la élite que la separaba de las clases subalternas. A fuer de reconciliarse con la fuerza socialista, se puso a sueldo de la élite que la separaba de las clases subalternas.

Esta exterioridad respecto de las cuestiones políticas, embrión de aquél desmembramiento del programa propio, se expresa en dos rasgos de su discurso actual: la queja y el deseo.

Nuevos viejos tics

Una de las marcas que le quedó a la izquierda tras su experiencia histórica de refugio en el nacional-populismo es, además de un discurso donde los tópicos nacionales han ido ganando terreno en forma creciente sobre los manifiestos socialistas, un modo de encarar la práctica política signados por una suerte de exterioridad respecto de la cosa pública.

Al quedarle sin programa propio y mitificarse con el nacional-populismo, la izquierda reformista no hizo otra cosa que terminar de sellar el hiato que la separaba de las clases subalternas. A fuer de reconciliarse con la fuerza socialista, se puso a sueldo de la élite que la separaba de las clases subalternas.

Al quedarse sin programa propio y mitificarse con el nacional-populismo, la izquierda reformista no hizo otra cosa que terminar de sellar el hiato que la separaba de las clases subalternas. A fuer de reconciliarse con la fuerza socialista, se puso a sueldo de la élite que la separaba de las clases subalternas.

Al quedarse sin programa propio y mitificarse con el nacional-populismo, la izquierda reformista no hizo otra cosa que terminar de sellar el hiato que la separaba de las clases subalternas. A fuer de reconciliarse con la fuerza socialista, se puso a sueldo de la élite que la separaba de las clases subalternas.

trechamente a un estado de disgusto (propio del sentimiento de ajedrez) por la derrota. En cambio, si ha tomado parte de la disputa, si se siente involucrado en ella, repensará los elementos con los cuales ha contribuido al triunfo adversario (su derrota), resultando que asumirá como propio y no como un diseño demoníaco.

La otra cara de esa exterioridad se transparenta en lo que, licencia psicologista de por medio, podría denominarse enunciación desde el deseo. Porque, por ejemplo: ¿qué efecto de sentido se quiere producir cuando, sin más, se propone como tarea política urgente la "socialización del poder"; cuando se enuncia, también sin otra explicación, que es necesario "cambiar el modelo de acumulación vigente por otro basado en la regulación de la tasa de ganancia"; o, finalmente, cuando se habla de una "reformulación del estado no en términos de eficiencia sino de autogestión"?

Quienes hablan por ese discurso, ¿qué criterios suponen que manejan sus interlocutores (la ciudadanía) para prestar consenso o no a un determinado programa político? Lo que se interroga es cuál es el criterio de legitimación de su propio discurso que manejan quienes enuncian, y cuál suponen que el que sostienen quienes son sus auditores.

En efecto, es este un discurso que se autocritiza por la irresponsabilidad política de formular una programática teórica que genera por base un sustento práctico. No práctico en términos de "creible para la derecha" ni en el afán de borrar su costado teórico: si práctico en el sentido de asumir que el carácter progresista de una política se juega no sólo en su sentido abstracto, sino también en su significado aplicado, es decir, en las condiciones de posibilidad para su realización coyuntural (si no, no es una "política").

De lo que se trata es de hacerse cargo de que una formación política con vocación de poder no legitima su carácter progresista por encinar, en todo momento y lugar, las reivindicaciones que se encuentran en su decálogo tradicional, sino porque ha construido programas progresistas y ha demostrado que son viables (las etapas revolucionarias, aún las más ampliosas, no fueron lo impuesto puesto en acto: también fueron, en su punto, lo viable).

No se es progresista porque se repudie aquello que trabaja la "felicidad del pueblo" y se deseé la plena mejoría de la situación social, aunque sin saber muy bien cómo realizarlo. Conviene recordar que sólo cuando una fuerza política se piensa a sí misma inserta en una determinada relación de fuerzas, propia de la sociedad donde actúa, puede hacerse cargo de que, en parte, el triunfo del adversario es inescindible de un cierto grado de debilidad propia. Si se piensa afuera de esa relación (es decir, afuera de la sociedad), a la manera de un espectador-fiscal, la "su" posible, el de los grupos social-

istas que aspiran a ocupar un espacio y un rol político semejante (lo que se expresa vagamente como "centroizquierda") enunciar sus posturas sobre temas cotidianos como flexibilización laboral, reforma impositiva, subsidios, reforma del estado o política cambiaria?

Lo que aparece, en verdad, es un movimiento que de alguna manera está condensando el derrotero de las últimas décadas de la izquierda reformista y democrática: una huida hacia adelante. Este gesto es el que ha remplazado el hueco del programa propio por una serie de reivindicaciones dirigidas a

interpolar una cierta moral social (por ejemplo, cuando esta izquierda se coloca a sí misma frente a la sociedad civil sólo como garantía de no corrupción administrativa; o, en otro nivel, cuando apela sin más a la necesidad de mejorar el nivel de vida de los sectores populares). Sin duda, el componente ético es un pre-requisito constitutivo de toda política socialista, pero no suficiente *per se*.

Este movimiento de huida está condensando también otro sentido, tal vez más profundo. Sin programa ni bloque social propio, alejada por tanto de cualquier tipo de poder social, la izquierda reformista ha adoptado la explotación de las condiciones de posibilidad de las reivindicaciones que se enuncian. Como herencia de su mimetización ideológica con el populismo y a la vez efecto de su distanciamiento de todo tipo de poder social, la izquierda reformista ha

mo (con su consiguiente grado de mimesis ideológica), la izquierda reformista ha construido su discurso desde la pura subjetividad, y es por esto que es precisamente una enunciación desde el deseo. Las consignas predecidas son la prueba. La predominancia del elemento subjetivo es lo que ha desplazado la explotación de las condiciones de posibilidad de las reivindicaciones que se enuncian.

Como herencia de su mimetización

ista, que ha arrumbado (seguramente por "teóricista" o "posibilista") la tarea de considerar como primordiales las condiciones objetivas, la relación de fuerzas sociales dentro de las cuales se despliega toda política de reformas.

Cuando se produjo la remodelación social de los '30 y '40, la izquierda vio tarde las nuevas preguntas que surgían, y las respondió mal. Hoy, con el advenimiento de un nuevo ciclo, corre el riesgo de caer en la tentación de pensar en su cambio de discurso como una modernización de las viejas respuestas, sin ver que las preguntas son otras.

Un debate que debe tornarse público

¿Unidad Socialista o unidad de los socialistas?

José Aricó

El año que concluye ha mostrado variados signos alentadores para la compleja tarea que tienen por delante los socialistas en la Argentina. Más allá del significado puntual de cada uno de ellos, de su magnitud y relevancia, todos evidencian un cambio de espíritu y una voluntad más firme para encarar la construcción de una fuerza socialista en expansión y con capacidad de gravitar autónomamente en la cultura y en la vida política nacional. Y enfatizan ambas notas distintivas porque estoy firmemente persuadido que, en condiciones políticas favorables para profundas recomposiciónes de las identidades como son las presentes, depende en primer lugar de una sabia combinación de espíritu renovado y de firme voluntad política la puesta en marcha de un proceso de reunificación, y a la vez de recreación, de las pulverizadas fuerzas del socialismo que anidan en los diferentes estratos de la sociedad. El socialismo argentino está dando muestras de querer abandonar la huella letárgica en que por tantos años se mantuvo y ocupar, en el escenario político nacional, un espacio ¿por qué no mayor? del que alguna vez ocupó. No sólo como una fuerza de sostén del orden democrático conquistado en 1983, sino también y fundamentalmente como un movimiento de transformación económica, política y cultural.

De lo que se trata es de hacerse cargo de que una formación política con vocación de poder no legitima su carácter progresista por encinar, en todo momento y lugar, las reivindicaciones que se encuentran en su decálogo tradicional, sino porque ha construido programas progresistas y ha demostrado que son viables (las etapas revolucionarias, aún las más ampliosas, no fueron lo impuesto puesto en acto: también fueron, en su punto, lo viable).

El primero de los hechos significativos a los que hago mención lo constituye, como no podía ser menos, el triunfo de la Unidad Socialista en las elecciones municipales de Rosario. Que un intendente socialista haya sido votado por la mayoría de la población de la segunda ciudad de la República, y que por tantos años fuera un bastión del peronismo, tiene una relevancia que ningún análisis de los medios puede ocultar. No debemos ser ingenuos y creer que se trata de la conquista permanente de un electorado ganado por el ideal socialista. Pero si es una demostración evidente de que es una fuerza política con vocación de poder que trabaja la "felicidad del pueblo" y se deseó la plena mejoría de la situación social, aunque sin saber muy bien cómo realizarlo. Conviene recordar que sólo cuando una fuerza política se piensa a sí misma inserta en una determinada relación de fuerzas, propia de la sociedad donde actúa, puede hacerse cargo de que, en parte, el triunfo del adversario es inescindible de un cierto grado de debilidad propia. Si se piensa afuera de esa relación (es decir, afuera de la sociedad), a la manera de un espectador-fiscal,

la otra forma de distinta magnitud, pero importante como ejemplo de un modo productivo de contrastar posiciones y de indagar recorridos comunes de salida de la crisis, fue el coloquio sobre "Democracia y reformas sociales" realizado por el Club de Cultura Socialista y los partidos Socialista Democrático y Socialista Popular, con la participación de una delegación del Instituto Socialista d'Etudes et de Recherches (Isfer) del Partido Socialista Francés, en agosto de 1989 en Buenos Aires. Dicho seminario, que despertó un interés muy grande, es un testimonio de la fuerza popular y la solidaridad y colaboración de socialistas y demócratas que el manejo de una administración compleja como la de Rosario demanda necesariamente.

El hecho de que este coloquio, organizado por socialistas, contara con la participación como expositores de intelectuales y militantes de otras corrientes políticas demócratas (radicales, peronistas, intransigentes, demócratas cristianos) mostró, además, la amplitud de las coincidencias programáticas que aproximan a los sectores más renovadores de las grandes fuerzas populares. Sin embargo, para todos resultó claro que no son suficientes los buenos propósitos para erosionar el poder de una lógica corporativa al servicio del status quo y de la conservación de un sistema que genera profundas desigualdades y crisis permanentes.

Para que un proyecto más o menos global de reformas del sistema político y de la vida económica pueda abrirse paso se requiere de un consenso estable y organizado de las clases populares que supone la consolidación de un bloque social y político donde se crea el espacio para la expresión de las fuerzas populares. Y en tal sentido, la victoria de la Unidad Socialista contribuye a consolidar el sistema democrático y coloca en el horizonte al socialismo como una fuerza de gobierno. Con todos los riesgos que tal triunfo involucra y la solidaridad y colaboración de socialistas y demócratas que el manejo de una administración compleja como la de Rosario demanda necesariamente.

Un tercer hecho a subrayar es la revitalización de la vida política y cultural de los partidos socialistas que protagonizaron hoy la experiencia de la Unidad Socialista y que desde hace ya un tiempo están dispuestos a encarar dichos proyectos. Pero una de ellas, y a la vez la fundamental, es la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evidencia la rareza de la creación de un espacio público donde puedan darse, con responsabilidad y espíritu patriótico, los obstáculos internos y externos que un movimiento reformador deberá superar. Y es en este espacio, político y social a la vez, donde se evid



marse al objetivo de constituir un sólo y único Partido Socialista "a todos los partidos, agrupaciones, clubes y ciudadanos que adhieren a los postulados de la Internacional Socialista" y a los principios que se inspiran en sus sucesivas declaraciones y cuya última es la del congreso de Estocolmo (1989) reproduciida en *La Ciudad Futura 17-18*.

Si la compleja tarea de constituir un sólo y único partido socialista no puede resultar simplemente de la fusión de las organizaciones existentes sino de una vasta confluencia que posibilite una efectiva refundación de un partido inexistente, caben entonces dos preguntas sobre las que resultaría útil provocar un debate público. Ambas se refieren al estado actual de las conversaciones internas a la Unidad Socialista y arrancan del reconocimiento de que sus resultados habrán de gravitar decisivamente sobre el destino futuro del partido que queremos crear los socialistas. Como los términos de tales conversaciones no son públicos las preguntas que planteo surgen de la observación directa de las posiciones que adoptan y explicitan públicamente ambas corrientes socialistas. Y así deseo que sean reconocidas.

La primera pregunta se refiere a la naturaleza y a los tiempos del proceso de fusión de dos organizaciones que tienen distintas tradiciones y culturas políticas. Es evidente y surge a primera vista que las convergencias programáticas alcanzadas y que dan las propuestas electorales de la Unidad Socialista no disuelven las diferencias ideológicas, doctrinarias y culturales que las distinguen. Los acuerdos son bien más de propósitos generales —el objetivo de un único partido socialista—, y de coincidencias más propagandísticas que políticas en la medida que no pueden ser puestas a prueba por el ejercicio concreto de gobierno. Mientras se comparten temas esenciales del socialismo como la reforma del estado, la descentralización de la economía incorporando la cogestión y las administraciones autogestionarias y cooperativas, se tiene una apreciación radicalmente opuesta de la naturaleza de la crisis argentina. Si unos creen poder remontarla al modelo de crecimiento que se conformó a fines del siglo pasado, los otros la definen como la desintegración de un modo de vinculación histórica entre capitalismo y estado y entre estado y masas que iniciado en la década del '30 encontró en el peronismo una forma política hegemónica que ya no puede funcionar. Si el discurso de unos no oculta su tinte populista y a veces hasta patriótico, el de los otros no parece haberse desprendido

do íntegramente de una tradición elitista y anacrónica.

Estas diferencias conceptuales sobre la política, las relaciones entre estado y sociedad, los problemas económicos y sociales, los actores sociales, que se remiten a visiones históricas y a tradiciones distintas, no existen solamente entre organización y organización, sino que habitan en el interior de cada una de ellas. Fundamentalmente en el interior del socialismo democrático, donde la extinción de su núcleo histórico, la incorporación de nuevos militantes muchos de ellos jóvenes, y la distancia crítica respecto de una tradición que ya se puede ser asumida en bloque, lo vuelven más permeable a filones ideológicos de matrices diferentes de los tradicionales. El socialismo popular, en cambio, muestra una resistencia mayor a la renovación del discurso socialista y una adhesión incondicionada al patrimonio teórico y doctrinario que le dio origen hace de él una organización densamente homogénea. Como es lógico, estas culturas diferenciadas se sustentan sobre modelos organizativos distintos: abierto y pluralista el primero, cerrado y verticalista el segundo.

Si hay algo de razón en lo aquí expuesto, ¿qué tipo de discusión y a través de qué formas organizativas transitorias es posible imaginar una fusión real y la absorción de un partido por el otro? Pienso que lo que obstaculiza una profundización del proyecto unificador es el hecho de que estos temas centrales son dejados de lado porque se adopta el falso, o por lo menos ilusorio, criterio de que en un proceso de fusión debe privilegiarse lo que une y no lo que separa. En mi opinión es exactamente lo contrario. Es lógico que si se busca una confluencia de fuerzas distintas en torno a objetivos que se creen comunes la buena voluntad de los participantes está puesta en privilegiar las coincidencias y obviar las diferencias. Así se conforman los frentes electorales, por ejemplo, y esa modalidad determina sus virtudes y sus limitaciones. Pero cuando se trata de fusionar organizaciones diferentes, y con rasgos en algunos casos radicalmente opuestos, deben privilegiarse las diferencias porque sólo a través de su mediación dialéctica —permítaseme un término que ha vuelto anacrónico— es posible abrir paso a una nueva organización política. Que supone tomar público los términos reales del debate, su complejidad y el error que significa suprimirlo, o sostenerlo, dentro de la lógica de los partidos políticos electorales. Así cuando digo mediación me refiero a una forma de trámite el conflicto que no acepta su neutralización, sino que provoca un debate cultural en el que lo que resulta es algo diferente de los términos iniciales en que planteó el conflicto.

Un fusión es, por esto, un proceso muy difícil de lograr y que demanda de quienes intervienen una dosis

mayúscula de buena voluntad, de inteligencia crítica y de distancia respecto de los propios argumentos. Se tiene que estar dispuestos a cambiar si las razones de los demás aparecen como valederas, pero esto sólo puede ser posible si las opiniones propias, como bien dice Hirschmann en un artículo publicado en esta revista (LCF/16), no son demasiado firmes. (Y me refiero a las opiniones y no a los valores que se defienden, porque siendo dos cosas distintas tendremos con demasiada frecuencia a confundirlas). Cuando se trata de fusiones de culturas polémicas, que afectan hasta motivos existenciales de los participantes, los debates deben ser amplios y fundados en un patrimonio de ideas que incorpore las diferencias y sus raíces históricas y conceptuales.

Se me podría objecar que una fusión política no es la creación de un club donde se debaten ideas. Y esto es verdad. Pero ninguna acción política, en el sentido que los socialistas asignan al término, tiene validez y permanencia si de algún modo no se asienta en procesos comunicativos en los que la homogeneidad alcanzada sea democrática y autoritaria, o verticalista, o carismática, o como se quiera llamarla. De este modo es posible abrirse a procesos de reformar intelectuales y morales que generen militantes políticos de nuevo tipo y no佐藤智也

participadores de una en la que sólo ellos creen. Se me podría objecar que una fusión política no es la creación de un club donde se debaten ideas. Y esto es verdad. Pero ninguna acción política, en el sentido que los socialistas asignan al término, tiene validez y permanencia si de algún modo no se asienta en procesos comunicativos en los que la homogeneidad alcanzada sea democrática y autoritaria, o verticalista, o carismática, o como se quiera llamarla. De este modo es posible abrirse a procesos de reformar intelectuales y morales que generen militantes políticos de nuevo tipo y no佐藤智也

participadores de una en la que sólo ellos creen. Un proceso de fusión requiere entonces de un proceso cultural y político a la vez que posibilita a un organismo desplegar una acción propia al mismo tiempo que se va transformando. Supone, por lo tanto, formar organizaciones transitorias y metodologías de trabajo que las pongan a prueba experimentalmente. Al tal sentido, es posible pensar qué caminos intermedios como una confederación de partidos y agrupaciones socialistas pueden resultar viables si demuestran ser capaces de generar instancias de intervención que requieran procesos concretos de fusiones: en el trabajo universitario, por ejemplo, y en los barrios y ciudades, etc.

Es evidente que estas operaciones culturales y políticas necesitas de publicaciones, revistas o boletines donde puedan confrontarse experiencias y lograr síntesis, aunque transitorias, efectivas por sí mismas. Lo que supone tomar público los términos reales del debate, su complejidad y el error que significa suprimirlo, o sostenerlo, dentro de la lógica de los partidos políticos electorales. Así cuando digo mediación me refiero a una forma de trámite el conflicto que no acepta su neutralización, sino que provoca un debate cultural en el que lo que resulta es algo diferente de los términos iniciales en que planteó el conflicto.

Un fusión es, por esto, un proceso

mayúscula de buena voluntad, de inteligencia crítica y de distancia respecto de los propios argumentos. Se tiene que estar dispuestos a cambiar si las razones de los demás aparecen como valederas, pero esto sólo puede ser posible si las opiniones propias, como bien dice Hirschmann en un artículo publicado en esta revista (LCF/16), no son demasiado firmes. (Y me refiero a las opiniones y no a los valores que se defienden, porque siendo dos cosas distintas tendremos con demasiada frecuencia a confundirlas). Cuando se trata de fusiones de culturas polémicas, que afectan hasta motivos existenciales de los participantes, los debates deben ser amplios y fundados en un patrimonio de ideas que incorpore las diferencias y sus raíces históricas y conceptuales.

Se me podría objecar que una fusión

Una situación inédita

La situación actual dista de aquellos fulgurantes originares. Una crítica situación económica y un Estado acostado en su capacidad de acción y carente de recursos, constituyen límites objetivos para una redistribución de ingresos favorable a los trabajadores. Por si fuera poco, la política económica oficial parece reflejar una "huida hacia adelante" ante los problemas. La profundización del ajuste económico y su secuela negativa sobre el nivel de salarios, más bajos aún que durante los años previos, la privatización de empresas públicas, las ventajas financieras concedidas a los inversores locales y extranjeros —en especial el mecanismo de capitalización de la deuda externa—, las concesiones concretas otorgadas a los empresarios —incluyendo la cesión de ministerios integrados y su gestión por grupos económicos privados—, una legitimación simbólica de la acción de esos grupos en el discurso oficial —en la promoción de normas jurídicas—, desde las sancionadas leyes de emergencia y de reforma del estado hasta el proyecto de ley de empleo.

Todo esto dista, en general, de aquél "equilibrio" y armonía entre el capital y el trabajo que constituye el náculo doctrinario heredado de la gran práctica de acción para el populismo argentino. Dijeron, en esos mismos términos, que la balanza se había rotado manifiestamente del lado del capital. ¿Qué significado adquiere en un contexto semejante la incorporación estatal de los sindicatos? De las viejas tradiciones solo quedan en la memoria.

La larga espera del sindicalismo argentino

Ni unidos ni dominados

Héctor Palominos

La fractura de la Confederación General del Trabajo, producida en el congreso de la central realizado el 10 de octubre, fue consolidándose rápidamente. La división entre una fracción de sindicatos incorporados a la esfera de acción estatal, los de la CGT Andreoni, y una fracción marginada de esa esfera (por vocación de autonomía o por exclusión del poder), la CGT Uballdini, dramatiza la compleja relación entre los sindicatos y el peronismo inaugurada por el gobierno de Carlos Menem. Por primera vez en la historia del sindicalismo peronista, el gobierno de este signo tiende a dividirlo más que a unificarlo. En la década del '40, la incorporación estatal de los sindicatos operó su unidad ideológica y organizativa, luego de un extenso período de escisiones entre corrientes rivales. El sopor teórico de esa incorporación y su elemento legítimo, fue la adhesión de las masas obreras a un líder y un régimen político que proponía una redistribución progresiva del ingreso, la extensión de la previsión social y, en general, la inclusión de vastas mayorías a la salud, la educación y la vivienda.

Esa época marcó de modo perdurable las orientaciones de los sindicatos, quienes buscaron reproducir en diferentes períodos y bajo diversas circunstancias, una vinculación con el Estado en la que el sacrificio del monopolio de la representación y el poder político de los dirigentes. Se dirigió contra el sindicato mediante una medida que se pretendió ejemplarizadora —el Ministerio había impulsado la detención policial de dirigentes de la UTA en Mar del Plata. Por último, la presión del Ministerio se hace sentir de modo manifiesto, o a través de intervenciones oficiales, en numerosos conflictos laborales que manejan diversos sindicatos. En este caso se multiplicaron las críticas sindicales ante una intervención del Ministerio que, en nombre de la paz social, muestra predilección por las posiciones empresariales. Tal vez haya sido este el motivo de intervención del Ministerio Triaca el que haya llevado a algún empresario a verlo entronizado en el gabinete como un potencial "Primer Ministro", en caso que tal figura institucional se incorporara a nuestro sistema de gobierno.

Además de la intervención del Ministerio, desde las esferas estatales se buscan incluir en el ordenamiento sindical mediante la distribución discrecional de recursos financieros. El gastronómico Luis Barrionuevo fue designado Director del ANSAAL bajo su jurisdicción el INOS, organismo que recaba un porcentaje de las contribuciones de las obras sociales y las redistribuye entre aquellas que padecen problemas económicos. La situación económica afecta particularmente a las obras sociales debido a que las figuras ingresos devueltos por la inflación y a la demora sistemática de los empresarios en girar los fondos destinados a las obras sociales. Ellos han determinado una difícil situación para numerosas entidades que se vieron obligadas a suspender sus actividades, a sus afiliados, toro más crítica aún la situación de numerosos segmentos de trabajadores. Desde un amplio espectro sindical se han dejado de redistribuir recursos a las obras sociales.

El control estatal

La intervención del Ministerio de Trabajo sobre los sindicatos se manifiesta de diversas maneras. El apoyo a determinadas

fracciones rivales en sus disputas internas —caso de la UOCRA donde el Ministerio facilitó el acceso a la dirección del funcionario del Ministerio G. Martínez y el desplazamiento del ulabilidista A. Farías—, en la modificación de la norma de funcionamiento a los sindicatos desde el organismo —INOS/ANSAAL— encargado de redistribuir recursos a las obras sociales.

La intervención del Ministerio afecta también las relaciones laborales. En primer lugar la determinación de los salarios, en la

Es que nunca había sufrido con tal magnitud el continente, la crisis de sus estados nacionales. Y en tal sentido los '80 han sido los años en que se produce el desenlace final del agotamiento de los modelos tradicionales de articulación entre la economía, el estado y la sociedad. Así es que si bien pocos podrán decir que a nivel político ha sido una década perdida, esto mismo es lo que afirman los informes e indicadores económicos-sociales: una década perdida.

Esta es la mayor deuda que las incipientes democracias guardan con sus pueblos. Se han intentado toda clase de planes y programas de emergencia (ortodoxos y heterodoxos), se han encarado acciones conjuntas en el sistema regional, se ha avanzado en propuesta y estrategias imaginativas para encarar una transformación de fondo; pero aún así se han dejado enormes expectativas insatisfechas. A tal punto que el juicio lapidario de Adolfo Cantriano suena patéticamente certero: "nuestro mayor logro fue evitar la catástrofe", haber sobrevivido.

La confluencia de ambas tendencias contrapuestas, en gran parte de la región (triumfo de la democracia-fracaso de los programas de reforma estructural de las economías, con el consiguiente agravamiento de la crisis) ha producido un paisaje peculiar al filo de los '90. En efecto: son los años del recambio de gobiernos democráticos, y los debates, discursos, propuestas y comportamientos han tendido a polarizarse, a encrespase y retrotraerse en muchos casos a los orígenes de la transición, con el agravamiento de una creciente desmovilización, el desencanto y el descreimiento colectivo.

Hay quienes lo interpretan en clave ideológica: "nuestras sociedades se 'derechizaron'" —afirman— fracsaron los gobiernos reformistas, llegó la época de la 'democradura', de la restauración y el ajuste drástico, las corporaciones y los factores tradicionales de poder ocupan el lugar del estado en crisis". Otros descubren el surgimiento de liderazgos fuertes, con ancha base de sustento popular, conciliadores con los factores de poder pero forjadores de un nuevo modelo productivo a través de una "modernización conservadora".

Es evidente que han intervenido en esta desembocadura inesperada circunstancias objetivas, situaciones impuestas, voluntades implícitas y manifiestas que han ido conformando lo que se presentó como "la única alternativa de salida" de la crisis. Pero más allá de las diversas interpretaciones en boga se han manifestado síntomas preocupantes de degradación del espacio conquistado en los últimos años, de verdadera decadencia de la vida política.

La política como picareña: una puesta en escena macabra y peligrosa



Seguramente ni Norberto Bobbio ni Claude Lefort imaginaban este cuadro cuando describían la política como la "puesta en escena" de la dinámica social. El fenómeno frustrado de Silvio Santos y el exitoso de Fernando Collor de Mello en Brasil, las incursiones permanentes de Carlos Menem en cuento social farandulero o deportivo le ofreció, cuanto más frívolo mejor, la influencia cada vez más determinante de la TV, el marketing y la publicidad en el "hacer político", la incorpora-

tracia el desarrollo político. Tancredo Neves se llevó a la tumba el sueño de democratizar aquel desigual y espectacular crecimiento sobre bases de una mayor justicia social. Ulyses Guimaraes —el estadista de la convención constituyente hace apenas un año— fue degradado por el descontento social y la fragmentación política y barrió prácticamente del mapa electoral. Así es que los brasileños han elegido por primera vez en casi treinta años a su presidente, debiendo escoger entre un joven advenedizo, un veterano dirigente populista y un ex-sindicista de la izquierda dura. ¿Quién se atreve a hablar ahora de "sistemas de partidos"? La vibrante pulseada final Lula-Collar, mas allá de los seductores rasgos del liderazgo "petista" (lo que merece un capítulo aparte) fue en cierto modo el epílogo de la transición pacífica, la constitución política del modelo "Bel-india".

Tal vez sea el precio (un alto precio) que deben pagar nuestras "democracias pobres" por haber dejado atrás el péndulo que estrechaba recurrentemente los impulsos libertarios contra el paredón dictatorial. Tal vez muchos políticos hayan quedado en falta de cara a la sociedad, siendo sobrepasados por nuevas e imprevisibles circunstancias. Tal vez otros, por tocarle en suerte el rol de oposición, han confundido gobierno con sistema y convertirán su prédica en un constante denuesto al funcionamiento democrático. Ahí tienen su cosecha.

Habrá seguramente quienes —agudos testidores de los vaivenes del mercado— señalen que todo esto es positivo; nuevas figuras, magnéticos carismas, mecanismos "no convencionales" y otro "look" para la política latinoamericana. No les será difícil coincidir con el neo-fascismo que ha resurgido al grito del "fin de la partidocracia". Ni a este neo-fascismo le será fácil distinguirse de la ultraizquierda asqueada por estos años de apertura (versión James Petras, por ejemplo) para la cual el peor enemigo han sido estos gobiernos social-demócratas o tímidamente reformistas que no le han declarado la guerra a nadie.

El propio Gabriel García Márquez ha manifestado que sólo "uno de esos disparates iluminados" (sic) puede "salvar" a América Latina de un futuro oscuro y ruinoso. Alguna vez escribió Antonin Artaud que "el problema que se plantea ahora consiste en saber si en este mundo que se escapa, que se suicida sin advertir, se hallará un núcleo de hombres capaces de imponer la noción superior del teatro, esa noción que ha de devolvernos a todos el equivalente natural y mágico de los dogmas en los que hemos dejado de creer".

¿Será ésta nuestra entrada al siglo XXI: un final del segundo milenio en plena feudalización pos-moderna, con ciudadelas fortificadas, sociedades fracturadas, pueblos y conciencias errantes, y una multiplicidad de sectas mesías y cruzados milenaristas intentando violentamente reconstruir el mito paraiso perdido?

Son —en todo caso— algunas aproximaciones a un fenómeno que habrá que atender y asumir a la hora de recrear el espacio de lo político y recuperar la credibilidad, la seriedad, la sensatez. Porque habrá que construir verdaderos promotores para alumbrar y esclarecer en medio del desierto, cuando el show da caída. Cuando dilettantes, sofistas, profetas y predicadores de la salvación o el infierno vuelvan a dejar paso al áspero y agrietado suelo de esta tierra caliente y soñada que quiere vivir mejor y no temer de saber cómo.

La profundidad de nuestras clases dirigentes, crisis de representatividad y crisis de credibilidad.

Lo que ha sucedido en Brasil es un espejo en el cual podemos mirarnos. De poco sirvieron las vetustas teorías que aventuraban que el desarrollo del potencial económico

Incertidumbres de la transición democrática en América Latina

La revolución posible

Francisco Weffort

Si el tema del socialismo se torna obligatorio, casi como una imposición histórica, tanto mejor si la discusión puede considerar las realidades históricas de los países a los cuales se refiere. Dos puntos merecen ser mencionados aquí.

En primer lugar, parece claro que no existe ningún modo razonable para discutir las perspectivas de la transición política en el Cono Sur de los años 80 si mantenemos como intocables ciertas ideas que persisten en la conformación de los padrones vigentes en esos países desde los años 60. Paraguay es, ciertamente, la excepción. En cuanto al resto, sería absurdo pretender ignorar todos los cambios —positivos y negativos, tal vez más estos que aquellos— que se acumularon en estos últimos 20 a 30 años. Sería absurdo, o por lo menos inconsistente, pretender pensar las perspectivas del socialismo en esta región, tomando como paradigma lo que ocurre, por ejemplo, en América Central. Y en este punto es fundamental decir algo con respecto al Estado y a las nuevas condiciones para definir una estrategia de transición política y social.

Como dice Edelberto Torres-Rivas, en América Central, la violencia es "aplicable a todo nivel en lo que se refiere a la existencia y consolidación del Estado". Allí, el Estado "es la traducción en el poder de los intereses económicos que impulsaron la reconstitución violenta de la propiedad agraria, basada en el despojo campesino-indigena". Fuerá del caso del Paraguay, lo que es bastante evidente es que el resto de los países del Cono Sur ya superaron, para bien o para mal, esa fase. El reconocimiento de que el Estado no puede ser entendido sólo como violencia o como un juego egoísta (y violento) de los propietarios, tal vez haya sido el más alto precio que los pueblos de nuestros países pagaron por los fracasos de las estrategias guerrilleras de izquierda de los años 60.

En los países del Cono Sur, las últimas fórmulas de la ecuación Estado = violencia fueron exactamente los regímenes militares. Esperemos que además de ser las últimas, sean también las que fin a este doloroso ciclo. Hoy, debería agregarse algo más: una ecuación para que describa la realidad con alguna aproximación, y en el marco de la recuperación de esa "algo más", será útil tratar de vuelta a la discusión la vieja fórmula Estado = violencia + consenso, creada por Antonio Gramsci.

En cualquier caso, las experiencias de los años 60 y 70 sugieren que en estos países del Cono Sur la violencia tal vez sea más eficaz para conseguir lo que cambia la sociedad, la sensatez. Porque habrá que construir verdaderos promotores para alumbrar y esclarecer en medio del desierto, cuando el show da caída. Cuando dilettantes, sofistas, profetas y predicadores de la salvación o el infierno vuelvan a dejar paso al áspero y agrietado suelo de esta tierra caliente y soñada que quiere vivir mejor y no temer de saber cómo.

Las experiencias de los años 60 y 70 muestran que nuestras sociedades no son modificables con facilidad por medio de decretos promulgados por el Estado, ya sea que vengas de la derecha o de la izquierda. Y todavía apuntan a que, pensando bien las cosas, tenemos por delante un trabajo de revisión intelectual (y política) pendiente. Al final, el concepto de revolución que conocemos y que está presente en la tradición latinoamericana, no es sólo aquél construido a

izquierda. ¿Ejemplos? Después del fracaso del Plan Austral en Argentina, del Plan Cruzado en Brasil, las alternativas políticas que aparecen en el horizonte, en el ámbito del combate a la inflación, son aún más duras, o bien, aún más insuficientes. Es esta situación, que hoy es difícil y que se tomará peor mañana, la que es necesario cambiar.

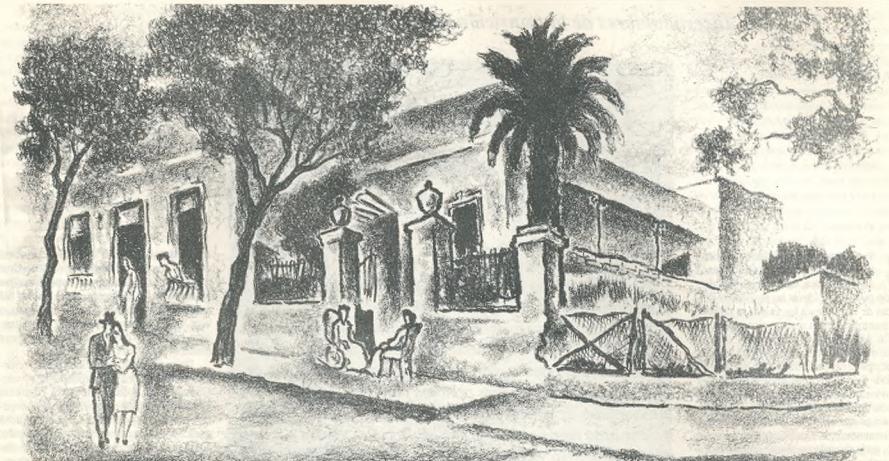
De tanto maltratar la idea de las reformas con la retórica pretendidamente revolucionaria, una buena parte de la izquierda viene encontrando enormes dificultades para formular una política de reformas. Mucha gente, entre los demócratas y la izquierda, simplemente perdió de vista cuánto de claridad política y cuánto de esfuerzo organizativo exigen unas "miserias" reformistas. Probablemente, es el tiempo para empezar a percibir que existen reformas y reformas. Una cosa son las reformas en el campo institucional, esto es, en el campo de los derechos políticos y sociales y que conferen mayor capacidad de organización a los sectores más pobres de la sociedad. Ejemplos de ellas son las reformas sindicales de Getúlio Vargas o, en los EE.UU. de los años 30 y un contexto bien diferente, los derechos sociales y sindicales de New Deal, de Franklin Roosevelt.

Otra cosa son las reformas estructurales, como por ejemplo en el campo de la propiedad (reforma agraria), o, en el área de la distribución de la renta, las reglas para una redistribución de la renta, o en el área de las posibilidades nacionalizaciones (o, si fuera el caso, estatizaciones) de monopolios o de empresas oligopólicas del sector considerado estratégico para el desarrollo. Una alternativa es incrementar, a través de reformas institucionales, la capacidad de defensa de los trabajadores y de los grupos más pobres para que ellos logren, por sus propios medios una mayor parte de las rentas de la sociedad y otra alternativa es, por ejemplo, decidir, a partir del Estado, las reglas para una distribución progresiva de la renta. Son ejemplos de distinciones posibles en un área en la cual se impone ampliar nuestros conocimientos y experiencias, de manera de capacitar a la izquierda y a los demócratas en la formulación de políticas adecuadas a la situación en que vivimos.

En cualquier caso, me parece claro que hay mucho por hacer en esta área a fin de sugerir algunas herencias ya envejecidas. Junto con la distinción entre reformas institucionales y reformas estructurales, es necesario distinguir entre reformas de efectos acumulativos en el sentido de una transformación de la sociedad, y reformas meramente cosméticas o, como es más frecuente, inscritas dentro de plataformas francamente conservadoras. Estoy lejos de afirmar que tales distinciones son fáciles en la práctica de la lucha política. En todo caso, el debate en torno de sus posibilidades es hoy indispensable si queremos llegar a una política de reformas que pueda contribuir para la transformación de la sociedad y la consolidación y profundización de la democracia.

Un lento proceso

Estaremos, en el Cono Sur, frente a la po-



sibilidad de una revolución? Tal vez. Pero si ocurriera será, con seguridad, muy diferente de lo que la izquierda pensó al respecto hasta los años 60 y 70. Sería, ciertamente intuible, en la búsqueda de nuevas perspectivas políticas para la izquierda en el Cono Sur, volver a reexaminar la vieja metafísica gramsciana sobre la "guerra de posición" y la "guerra de movimiento". Si los comparámos con los años 60 y 70 con América Central, hoy, parece claro que los países del Cono Sur, con la excepción de Paraguay, se transformaron definitivamente en "países occidentales", usando la acepción gramsciana. Nos hemos transformado en sociedades modernas, articuladas en grado suficiente para permitir el aparato de Estado en sólo una fortaleza más en el campo de lucha que incluye muchas otras fortalezas y fortines.

Aquí, el Estado ya no es sólo violencia. Es más: aquí el Estado ya no es todo. Ya no es el soberano absoluto de una sociedad armada y autoritaria. Hay mucho más en la política femés del Estado, lo cual, lejos de facilitar la tarea de definir una perspectiva para los cambios, la torna más compleja y difícil. Ya no es suficiente el discurso que, con miras a la transformación de la sociedad, habla de organización política y de la

toma del poder del Estado, porque el poder está también en la sociedad, en las organizaciones privadas de la sociedad civil, sean de carácter económico, social o de naturaleza cultural. Esto significa que en países con tales características, nadie cambiará la sociedad si no es capaz de diseñar una perspectiva económica, social, cultural y, evidentemente, política, que reforme la sociedad y, de ese modo, acumule fuerzas para consolidar movimientos por los cambios más amplios. Esto no significa sólo que se acumulen fuerzas para la flegada final y eficaz al Estado; no significa que sólo se acumulen fuerzas para una transformación que vendrá, sino que significa que tendremos que esbozar perspectivas que hagan posible el inicio, desde ya, de las transformaciones en el ámbito, todavía restringido y gradual, de las propias reformas.

Si una revolución es posible en alguno de estos países, tendrá que desarrollarse a lo largo de un largo proceso. No ocurrirá como un corte abrupto en el tiempo, en algunos meses o en unos pocos años, sino que abarcará toda una época histórica. Por tanto, o está inmersa, aún en germe, en cada acto, en cada lucha, en cada realización, o no ocurrirá jamás.

Subtitular apuradas globalizaciones

Un texto como este, destinado a abrir un debate, no puede terminar con una conclusión. Quedan, sin embargo, pendientes algunas observaciones a modo de sugerencias. No me encuentro entre los que piensan que todo el pasado ya pasó, ni entre los que creen que el futuro es un punto muy distante en el tiempo y que como tal, poco o nada tiene que ver con el tiempo en que vivimos. Ciero, por lo demás, que lo he dejado en claro a lo largo del texto. Sólo entiendo que la democracia política alcanzará su consolidación en nuestros países si camina junto con una política de reformas, o si, por lo menos, propicia las condiciones políticas e institucionales que hagan viables las reformas inmediatamente necesarias en la economía y en la sociedad. Cuando más, me uno a los que pretenden construir una perspectiva de transformación socialista de la sociedad y del desarrollo.

Estoy convencido de que la inseguridad en que hoy vivimos con respecto a los rumores de la transición, exige una capacidad de definición de políticas globales que está immerse, aún en germe, en cada acto, en cada lucha, en cada realización, o no ocurrirá jamás.

En una situación como ésta, las oportunidades de reflexión y análisis no pueden desperdiciarse. Y me parece que tienen que utilizarse con la conciencia clara de que las nuevas preguntas que puedan surgir (y sobre todo, y principalmente, las nuevas respuestas) siempre encontrarán quién las acoja, quién las critique y las desarrolle. Por modestas y limitadas que sean en una formulación como ésta, todavía preliminar, tal vez susciten la discusión que podrá llevar a algo mejor. Fue con esta esperanza que me atreví a escribir estas páginas.

Traducción del portugués por Cecilia Richards del cap. IV (y final) Por una nueva política del documento *Inversión y transición en América Latina*; IEDIS, Rio de Janeiro, 1987, del que publicamos el primer capítulo en LCF/16.

NOTAS

¹ Torres-Rivas Edelberto: "Centro América: guerra, transición y democracia"; *Levadura* núm. 26, Madrid, 1986.

² Claudín, Fernando: "Reflexiones sobre la experiencia histórica"; entrevista en CONVERGENCIAS núm. 11, Santiago de Chile, 1987. Claudín señala, sin embargo, que Nicaragua aún cuando está "atrasada" en la medida en que no ha logrado la política que no admite ningún autonomismo en su racismo. Según Claudín, las consecuencias de la experiencia rusa habrían, a lo largo del tiempo, apagado mucho de su antiguo carácter ejemplar.

EDITORIAL PAIDOS

Peter Gay

FREUD, UNA VIDA DE NUESTRO TIEMPO

H. Charles Fishman
TRATAMIENTO DE ADOLESCENTES COMO ADULTOS

Thelma Gorodrich y otros
TERAPIA FAMILIAR FEMINISTA

John Bowlby
UNA BASE SEGURA
Aplicaciones clínicas de una teoría del apego

Maud Mannoni
DE LA PASIÓN DEL SER A LA "LOCURA" DE SABER

Ricardo Rodulfo
EL NIÑO Y EL SIGNIFICANTE

Ludwig Wittgenstein
CONFERENCIA SOBRE ÉTICA
Con dos comentarios sobre la teoría del valor

Jacques Derrida
LA DESCONSTRUCCIÓN EN LAS FRONTERAS DE LA FILOSOFÍA

Giovanni Vattimo
MÉTODOS DEL SUJETO
Nietzsche, Heidegger y Hermenéutica

Clifford Geertz
EL ANTROPOLOGO COMO AUTOR

Robert Danter
LAS EMOCIONES

Pierre Grimal
LA MITOLOGÍA GRIEGA

La transición democrática en Chile

¿Deben los socialistas participar en el próximo gobierno?

Gonzalo D. Martínez

Parce cada vez más verosímil que el candidato de la derecha será derrotado el 14 de diciembre y que el próximo presidente de Chile sea Patricio Aylwin. El candidato opositor se ha comprometido a formar el próximo gobierno con todos los componentes de la Concertación por la Democracia dispuestos a incorporarse, haciendo particular referencia a los socialistas.

En este contexto, cabe preguntarse acerca de la orientación posible del gobierno de transición de cuatro años. Las opciones parecen ser dos:

1) la de un "continuismo conservador", que en lo institucional no se proponga abandonar el tema de los derechos humanos y procure en cambio una pronta amnistía general que tranquilice a las FFAA, miembros en lo económico se oriente a no emitir señal alguna de cambio hacia inversionistas nacionales y extranjeros, al precio de restringir la satisfacción razonable y posible de las demandas sociales;

2) la de un "compromiso progresista", que democratice las instituciones y aborde el tema de derechos humanos como necesidad de reparación social, que en materia económica amplíe los espacios de redistribución a través de un mayor gasto social (financiado mediante nuevos tributos progresivos), aumente los grados de autonomía nacional y estimule la participación de las organizaciones sociales sin comprometer los grandes equilibrios macroeconómicos.

El previsible triunfo de Patricio Aylwin en las elecciones chilenas abre la posibilidad de la constitución de un gobierno compartido de las fuerzas democráticas. El socialismo debe participar de tal gobierno a condición de que se haga efectivo

un "compromiso progresista", que democratice las instituciones y que amplíe los espacios de redistribución del gasto social, sin comprometer los grandes equilibrios macroeconómicos. Las Bases Programáticas de la Concertación, elaboradas por la coalición de fuerzas progresistas, significan un punto de partida común que otorga viabilidad política a la transición democrática en Chile.



El diagnóstico

Se ha abordado la parte económico-social del programa con un diagnóstico que gira alrededor de cuatro temas:

- el atraso del crecimiento, pues en 1989 Chile está comenzando a recuperar los niveles de producción por habitante previos
- la crisis de 1982. Estos son hoy similares los existentes al iniciarse la década de 1970. Una errática política económica agravó la crisis: la expansión actual es una recuperación que no podrá prolongarse en el tiempo sin aumentar el ahorro y la inversión;
- la agravación de la injusticia social, pues hoy hay en Chile cinco millones de po-

bres. La caída del ingreso por habitante y la pérdida de participación de los asalariados en dicho ingreso explican el aumento de la pobreza en Chile en los últimos 15 años;

— la inexistencia de participación, pues la participación ciudadana en la gestación de las políticas económicas y sociales ha sido remplazada por la imposición permanente de una dictadura;

— la pérdida de autonomía nacional, pues la vinculación con el mundo se ha reducido a una expansión de las relaciones económicas. La incapacidad de la dictadura para ser admitida con plenos derechos entre las naciones civilizadas la ha llevado a buscar relaciones económicas a cualquier costo, incluyendo un endeudamiento desmedido que recae sobre todos, en desmedro de la soberanía nacional.

Los más perjudicados con el modelo económico impuesto han sido los trabajadores, las mujeres y particularmente la juventud popular, sometida a la cesantía, la represión y la desesperanza.

Las bases programáticas postulan establecer una nueva estrategia de desarrollo, que combine el crecimiento con la justicia social y la participación, sobre la base de una mayor autonomía nacional.

El crecimiento

En materia de crecimiento, se plantea que la clave es estimular el ahorro y la inversión. Paralelo se requiere estabilidad en las reglas del juego democráticamente acordadas: relaciones laborales justas y participativas, respeto de los derechos económicos y sociales. Se configurará un nuevo modelo económico, basado en una economía mixta, tanto en materia de propiedad como de acción dirigida entre la planificación y el mercado.

El Estado no deberá ni pretender sustituir al sector privado sino impulsar y estimular sistemáticamente una mejor asignación de recursos y un desarrollo más dinámico y equilibrado. Una economía mixta terminaría con la inestabilidad de la propiedad, mientras las políticas públicas encarzuarían el desarrollo hacia grados crecientes de justicia social. De ese modo, el esfuerzo del país podrá concentrarse, sin incertidumbre, en la ampliación de la capacidad productiva. Una política macroeconómica equilibrada, que preserve al país del flagelo inflacionario, requerirá de un presupuesto adecuadamente financiado, en forma consistente con la política monetaria, crediticia y de comercio exterior. La estabilidad es preciosa; es un objetivo directamente ligado no sólo a crear un marco adecuado para el crecimiento, sino también defender a los más pobres, pues éstos son los más afectados por la pérdida del poder adquisitivo de la moneda.

La política tributaria buscará recaudar en forma equitativa y sin franquicias discriminatorias los recursos que requiere la redistribución del Estado y al mismo tiempo promoverá la inversión y el crecimiento. Se mejorará la progresividad de los tributos, se aumentará la participación de los impuestos directos y se establecerá un sistema simple y estable centrado en po-

cos tributos de alto rendimiento y mínima evasión.

Particular importancia tendrá la promoción de una industrialización vigorosa, con un adecuado equilibrio entre la promoción de exportaciones y la sustitución de importaciones y con un estímulo particular a la pequeña y mediana empresa. Ello supondrá poner en pie un auténtico desarrollo tecnológico nacional, para movilizar la inteligencia y creatividad de los chilenos. La inversión extranjera deberá estimularse siempre que contribuya a los objetivos del desarrollo nacional, mientras se prevé que las concesiones mineras permanezcan en sus actuales términos sin perjuicio de asegurar la explotación de los yacimientos y de iniciar los estudios para hacer efectiva la propiedad inalienable del Estado sobre los recursos naturales. Los términos del endeudamiento exterior deberán renegotiarse de modo de reducir la transferencia neta de recursos financieros al exterior.

La creatividad nacional deberá estimularse, asimismo, para lograr que la dimensión ambiental sea considerada en todo proyecto de desarrollo y cesar la contaminación de aire y de las aguas del litoral, de ríos y lagos, la destrucción del suelo y la masa vegetal, la emisión masiva de desechos contaminantes en industrias y centros mineros.

La justicia social

Pero el crecimiento no es para nosotros un fin en sí mismo; es indispensable, pero debe estar al servicio de la justicia social y la solidaridad. Un Fondo de Solidaridad e Inversión Social concentrará las acciones de

solidaridad la más alta prioridad dentro de la acción del gobierno. En primer lugar, se establecerá una estrategia para crear empleos en los sectores rurales y en las grandes concentraciones urbanas, cumpliendo la función primordial de atacar con dignidad el drama del desempleo. En segundo lugar, los programas para elevar los ingresos de los más pobres incluirán el aumento del salario mínimo a un nivel comparable con la erogación de la extrema pobreza y con las posibilidades de las pensiones, el reajuste de las pensiones mínimas y asistenciales y el alza de la asignación familiar y del subsidio único familiar para los sectores de bajos y medios ingresos. La lucha contra los estragos de la pobreza entre los niños y jóvenes se reforzará mediante la ampliación de los programas de alimentación complementaria en los consultorios y las escuelas.

El aumento inmediato de los gastos en salud preventiva y de atención en los consultorios y hospitales públicos, permitirá ampliar el acceso de todos al derecho a la atención en salud, hoy tan indignamente afectado por las reformas del régimen. Enfrentar la deuda hipotecaria y de servicios básicos de las familias de bajos ingresos se hará asegurando que la deuda tenga relación con la capacidad de pago de las familias y que se reajuste del mismo modo en que lo han sus ingresos, corrigiendo así el sistema actual de reajuste en UF que tanto daño ha provocado entre los más pobres.

Constituirá un deber crear una amplia seguridad social solidaria, ampliando su cobertura, haciéndola obligatoria para toda relación laboral contractual, estableciendo mecanismos progresivos de financiamiento y manteniendo el poder adquisitivo de las pensiones y aumentando el monto de las pensiones mínimas y asistenciales. Las AFP deberán abrirse a la participación de los cotizantes y los trabajadores en la gestión de los fondos de pensión, para que éstos sean activos participes del manejo de sus ahorros y de una parte significativa de la economía nacional.

El drama de los allegados se atacará ampliando el sistema de subsidios y mejorando

el acceso a él de los grupos organizados, a la vez que se ampliará el programa de viviendas sociales para atender a los hogares que no tienen posibilidades de acceder al sistema de subsidios. Los sectores medios verán aumentadas sus posibilidades de acceso al crédito bancario y se estimulará un sistema más adecuado de ahorro y préstamo.

La participación

Anzar hacia una sociedad participativa tendrá como primer paso la recuperación de los derechos de los trabajadores. Deberá garantizarse el derecho al trabajo y su protección y a una justa retribución. Se cautelará el pleno ejercicio de los derechos sindicales, haciendo vigente el fuero sindical y estableciendo la cotización obligatoria en beneficio de las organizaciones sindicales, en sus diferentes grados, o de fondos de educación y formación sindical.

Con el fin de enfrentar la excesiva inestabilidad en el empleo, junto con las políticas encamadas a reducir el desempleo y el subempleo y a otorgar una adecuada capacitación técnica profesional, se cambiará la regulación del despido individual y colectivo, que dejan al trabajador en una excesiva desprotección. Tales modificaciones combinarán la protección al trabajador con la flexibilidad que requieren las empresas para su funcionamiento eficaz en las realidades tecnológicas y económicas modernas. En particular, el empleador deberá pagar la indemnización en el momento del despido, equivalente a un mes de remuneraciones por año de servicios sin límite. La seguridad en el trabajo se incrementará con otras instituciones laborales que incluyan los subsidios de cesantía y el acceso a oportunidades de capacitación laboral.

Se requiere en la negociación colectiva un mayor equilibrio entre las partes, por lo que existirá negociación en la empresa, super-empresa y tarifados sectoriales. Sólo las organizaciones sindicales serán contrapartes de los convenios y contratos colectivos. Se restablecerá el derecho a huelga por lo que la empresa en huelga legal efectiva no podrá contratar reemplazantes ni caducar los contratos. Se legislará de manera particular para el sector público, compuesto por aquellos que requieren regímenes laborales especiales. Se incrementará la labor fiscalizadora de la Dirección del Trabajo, expandiendo los tribunales laborales especializados y la expedición de sus procedimientos, así como la gratuidad de notificaciones y trámites. Asimismo, se responderá a las Centrales Sindicales Nacionales bienes por el valor de aquellos que fueron confiscados para la prevención del embarazo adolescente... y el aborto inducido; se estimulará la participación de la mujer en la gestión de los servicios comunitarios y como activas interlocutoras del gobierno local, así como las actividades culturales, deportivas y recreativas de la mujer.

La participación será, además del resto de la regulación de los equilibrios sociales, un amplio proceso de debate nacional sobre las orientaciones del desarrollo y de las políticas sociales. La concertación entre empresarios, trabajadores y sectores sociales organizados, sobre la base de la representatividad y pluralidad, ocupará un lugar central en el modo de gobernar democrático que suponen el actual régimen de contratos de aprendizaje.

Se hará del derecho a la educación un

Rasero para medir

Se privilegiará una acción decidida en favor de la mujer y políticas que fortalecen la familia. Una oficina nacional de la mujer se ocupará de enfrentar las diversas discriminaciones que aún la afectan, para lo cual se revisará la legislación pertinente. Se promoverá el acceso de la mujer al mundo del trabajo, atacando la discriminación en materia de contratación y remuneraciones; se implementarán programas de salidas-cuna y comedores infantiles para hacer posible la libertad de la mujer para trabajar fuera del hogar, facilitando el empleo parcial y temporal; se impulsarán programas de planificación familiar, educación sexual y paternidad responsable para la prevención del embarazo adolescente... y el aborto inducido; se estimulará la participación de la mujer en la gestión de los servicios comunitarios y como activas interlocutoras del gobierno local, así como las actividades culturales, deportivas y recreativas de la mujer.

Los jóvenes son el futuro de Chile y sin embargo son el sector más postergado de la sociedad. Contra la desesperanza y la marginación, el futuro gobierno construirá antecedentes que nadan un Chile para los jóvenes. El acceso al mundo del trabajo se hará a través de los programas de inversión para crear empleos, de incentivos económicos para la vivienda y pluralidad, ocupará un lugar central en el modo de gobernar democrático que se basa en la función de las personas para su función social en las realidades tecnológicas y económicas modernas.

En particular, el empleador deberá pagar la indemnización en el momento del despido, equivalente a un mes de remuneraciones por año de servicios sin límite. La seguridad en el trabajo se incrementará con otras instituciones laborales que incluyan los subsidios de cesantía y el acceso a oportunidades de capacitación laboral.

La participación no podrá adquirir su sentido más profundo sin la descentralización de las actividades económicas, sin difusión de la propiedad y la calidad del aprendizaje, con plena libertad de enseñanza, reconstruyendo un sistema nacional de educación y redignificando la función docente. El aumento del gasto público en educación buscará recuperar el gasto por estudiante en liceos y universidades y ampliar la cobertura de la enseñanza media, especialmente en el área técnico-profesional. Asimismo, se creará un sistema de becas estudiantiles para la enseñanza media y se revisarán los programas de bienestar en los diferentes niveles educacionales. Se revisará el sistema de financiamiento universitario como el examen de la situación dramática de muchos de los actuales deudores de este sistema.

Se promoverá la cultura y la recreación de los jóvenes, apoyando los programas a

nivel local y la difusión de la creación joven, eliminando la anacrónica censura cinematográfica de 21 años.

Finalmente, la prevención y rehabilitación de problemas sicosociales como la droga, el alcoholismo, el embarazo precoz requerirán la ampliación y creación de programas adecuados y específicos muy superiores a los que se realizan en el sistema de salud y las municipalidades, buscándose un enfoque integral y la propia participación de los jóvenes. La participación juvenil se desarrollará mediante la elección de todos los centros de alumnos y el reconocimiento oficial de las federaciones estudiantiles, generando instancias representativas que se integren a un Consejo Nacional de la Juventud, que tendrá derecho a conocer con anticipación las iniciativas gubernamentales en el campo juvenil y a formular propuestas.

Estos enunciados constituyen la base sobre la cual habrá de construirse el compromiso de gobierno para cuatro años y serán el rasero con el cual medir los éxitos y fracasos de la gestión gubernamental, así como también el éxito o el fracaso de la contribución de los socialistas a la transición a la democracia.

Individualismo económico + autoritarismo político

El neoliberalismo es más que una receta económica

Jorge Tula

El neoliberalismo excede sus propuestas económicas.

El individualismo económico, la autosuficiencia familiar y el autoritarismo político constituyen los pilares de esta nueva "filosofía de la vida".

En Gran Bretaña, laboratorio privilegiado en donde se realiza esta experiencia, es posible ya observar sus resultados: pobreza extrema, marginalidad, desintegración social y barbarismo político.



© Convención, Santiago, núm. 16, octubre de 1989.



La "democracia de los propietarios"

La propuesta neoliberal, o la "revolución de los conservadores", como también se la llamó, no se agota, claro está, en las meras respuestas económicas y políticas a la crisis. Va mucho más allá y postula una nueva "filosofía de la vida". En Gran Bretaña, laboratorio privilegiado en donde se realiza esta experiencia, es posible ya observar sus resultados: pobreza extrema, marginalidad, desintegración social y barbarismo político.

En épocas más afortunadas, recordaba alguien, los sabios, quienes eran expertos en las cuestiones de los hombres y quienes se dedicaban a la reflexión discutían incesantemente sobre las características que debería tener una sociedad justa. Pero además, cuando se trataba de distinguir entre una sociedad basada en la fuerza y otra estructurada a partir de una norma de reciprocidad, se utilizaban con frecuencia argumentos y criterios que calificaban a cada una como más digna y más justa. Y cercanas a la simpleza era también las categorías que se empleaban en estas disquisiciones.

En estos años que nos toca vivir, con muchas menos certezas y más complejidad y con mayor cantidad de hombres a los que deberán prestarse atención, aquellas distinciones claras y las discusiones racionales sobre ciertos valores y principios alternativos perdieron presencia para dar lugar a la creencia de que sólo existen intereses y fuerzas, como si éstos estuvieran en la sociedad independiente de las creencias, de las expectativas, del reconocimiento y de las identidades de quienes la integran.

Muchos de esto impregnan las respuestas neoliberales, o neoliberales, como se quiera, cuyo diagnóstico de la crisis de los últimos años es que ésta proviene de una desproporción entre las expectativas siempre crecientes que emanan de la sociedad civil y la capacidad que tiene el sistema político para satisfacerlas. Este exceso de expectativas aparece como la causa y el efecto de una desmesurada expansión y complejidad de las tareas del estado, hasta alcanzar una presencia totalizadora y sofocante. Se produce, así las cosas, como una especie de círculo vicioso, en el cual la amplitud de las tareas estatales da lugar a expectativas cada vez mayores, las que a su vez exigen nuevas tareas del estado, hasta que su acumulación produce una reducción de sus respuestas, y por ende una sobrecarga. Después de diagnosticar este exceso de demandas, el sobredimensionamiento del estado, la ineficacia cada vez mayor, la insuficiencia de recursos y por fin la crisis del estado, propone un retorno al mercado y a su "orden espontáneo" y una reducción energética de los problemas, su despolitización y la limitación de las tareas y funciones del estado hasta convertirlo en un "estado mínimo". De esta manera, el capitalismo de estos últimos años se define por un virulento retorno al "libertinismo", para utilizar la expresión de Croce, por un regreso mucho más marcado a la contraposición entre ganancia privada e interés general de la sociedad, por el pasaje de la regulación a la regulation, por el intento en modificar en todo o en parte las conquistas del estado social. En fin, la vieja ideología del capitalismo popular ha sido sustituida por la teoría según la cual es necesario favorecer el crecimiento de los réditos más altos con un íntimo caminar para impulsar un nuevo dinamismo a la ganancia y acumulación. No obstante esto, pretende también, y en parte lo ha logrado, identificarse tout-court con la innovación misma.

A Así las cosas, la función del estado no puede sino estar reducida a producir un limitadísimo número de servicios, esto es, aquello que el mercado no puede producir la defensa, el mantenimiento de la ley y el orden, y el respeto de los ciudadanos. Esta cantidad reducida de bienes públicos tienen en común una característica que es evidente: se fundan sobre la contricción. El estado, en consecuencia, resulta convertido así en una agencia residual, coercitiva, cuyo poder es sólo necesario cuando se trata de garantizar las condiciones de la libertad, pero cuyas actividades son necesariamente represivas o punitivas.

Siempre y cuando se trate de responsabilidades residuales, el estado puede tener otra: por ejemplo, la de proveer a los individuos que no pueden o no quieren proveerse

a sí mismos. Haciendo gala de una generosidad impropia, la nueva ortodoxia considera que siempre existen casos de "necesidades genuinas", de individuos que por haberles tocado un destino social desgraciado pueden reclamar con un cierto grado de legitimidad asistencia de parte de las reparticiones públicas que han sido destinadas para eso, asistencia que sólo debería ser otorgada de manera muy estricta en la medida en que este tipo de servicio público corre el riesgo de comprometer la ética de la empresa y la confianza en sí mismo, pero también de la responsabilidad familiar que, como ya sabemos, es el pilar fundamental que soporta todo el sistema de relaciones sociales. En un mundo plagado de paradoxas, este sistema no escapa a ellas: en los hechos introduce a la gente en la pobreza y en la paroja, dejando al margen de las oportunidades y de los intereses que usurpan el resto de la sociedad. Alejada de cualquier posibilidad de salida legal de la pobreza, termina siendo presa de la apatía o bien, como también resulta obvio, emplean sus energías para fines ilegales.

La autosuficiencia económica como base de la ciudadanía

Es por lo demás impropio hablar de la democracia de esta nueva ortodoxia, pues, como hemos visto, se trata más bien de una ilusión. En los hechos, una mayoría se constituye en torno al temor de una sublevación y el fin del gobierno es de proteger los privilegios de esta mayoría y usar el poder del estado para suprimir las aspiraciones de la minoría. A su vez, los trabajadores, que deben lidiar cada vez más con una mayor inseguridad y con menores derechos económicos, se ven de alguna manera obligados a identificar sus intereses con los de los propietarios, lo cual quiere decir que se contraponen a los pobres y a los que nadie tiene. Y, sobre todo, les es negada cualquier tipo de ciudadanía social. La única forma de ciudadanía reside en la autosuficiencia económica, con todos los riesgos que esto significa, pues quienes la pierden están prácticamente condenados a engrosar la fila de los dependientes y a estar sometidos a una coerción autoritaria. Como dice Bill Jordan, la libertad económica de un grupo de la sociedad está pagada con la servidumbre impuesta por el estado, o por otro grupo.

Está de más decir que este individualismo económico tan férreamente practicado afecta el interés común para participar en el bienestar colectivo y la buena calidad de las relaciones sociales. Es que en una sociedad que se encuentra diseñada a partir de la propiedad privada exclusiva, el bien común dejó de ser perceptible en la medida en que la gente actúa impulsada por el propio interés en el marco más general y limita visión del bien común exclusivamente a los miembros del grupo familiar. La plaza pública, por ejemplo, espacio emblemático de una sociedad que valoriza la vida pública de la ciudadanía, carece del más mínimo sentido en una sociedad que sólo atribuye valor a la propiedad privada.

No obstante todo esto, en una perspectiva de larga duración, el individualismo económico arremete también contra la voluntad de contribuir para sostener los bienes públicos, los únicos bienes públicos aceptados por los políticos de derecha, esto es, defensa, orden, seguridad. Se trata pues de una lógica que lleva en última instancia a una sociedad corrupta, en la que cada uno ve y acepta sólo aquello que coincide con su propio interés y nadie se preocupa por el bien de la comunidad.

Las virtudes de esta "democracia de los propietarios" ha sido pregonada con una insistencia y una eficacia tal que en muchos casos ha logrado modificar las ideas hasta ese momento dominantes, impuesto nuevos modelos culturales y hasta logró cambiar el



El ejemplo de Liverpool

sentido común y las costumbres de las masas. Desde que esto se inició ya han pasado muchos años, los suficientes como para poder ver los resultados de la experiencia neo-liberal en algunos lugares que, por lo menos cierta prensa argentina, sigue presentando como modelo a seguir para salir de la crisis que afecta a nuestro país.

Después de quince años de férreo gobierno por parte de Margaret Thatcher y de perfeccionamiento de la estrategia de "conquistar el corazón y la mente" a través de medios de comunicación que, parece, sólo serían parangónables con los de nuestro país, los conservadores británicos —que con el 35% de los votos en la última elección están por debajo de su mismo histórico en este siglo— se encuentran cada vez más lejos de algunas metas que se habían propuesto: el 8,3% de inflación dupla el del año pasado y el aumento del costo de vida junto al 14% de las tasas de interés afecta a miles de personas y se aleja también de los logros de la economía continental, tan repudiablemente condenados a engrosar la fila de los dependientes y a estar sometidos a una coerción autoritaria. Como dice Bill Jordan, la libertad económica de un grupo de la sociedad está pagada con la servidumbre impuesta por el estado, o por otro grupo.

Sin embargo son otros los aspectos a los que conviene aludir para tener una idea más clara de las transformaciones que se han producido en el país donde descansan los restos de Marx. La desocupación, seguramente el mayor problema que enfrenta el viejo continente, siguió su marcha ascendente: entre 1973 y 1975 pasó de medio millón a un millón de personas, es decir el 5% de la población activa, porcentaje que se incrementó a 8,5% hacia fines de 1980 y al 13% en 1985; pero si en estas cifras se incluyen las mujeres casadas, los 3 millones de desocupados se incrementarían en 1 millón. Por otra lado el 25% de los desocupados son menores de 25 años. La misma línea de tendencia puede observarse en las modificaciones que se produjeron en la distribución de la renta. Desde la asunción de Thatcher se ha producido una evolución fuerte y constante en este ítem como lo demuestra la reducción considerable de los impuestos a las personas más ricas: la tasa de imposición sobre la renta más elevada se redujo del 83 al 60%, y todo esto se incrementa cada vez más al disminuir la imposición de las plusvalías y de las rentas que no derivan del trabajo. Paralelamente la revisión fiscal sobre los miembros relativamente más pobres aumentó progresivamente. En los hechos, cuando más bajo es el nivel de renta más fuerte ha sido la suba de los impuestos: entre 1979 y 1984 los impuestos medios de una pareja con renta media aumentaron en 5,50 libras esterlinas por familia, a la vez que una pareja con ingresos cinco veces mayores vio disminuir sus impuestos medios en 71 libras por semana.

de alcohol. Sin embargo, agrega Hall, sería un error demasiado grave "leer" las nuevas agresiones juveniles sólo en términos negativos. Si así se hiciera se estaría reduciendo una situación sumamente compleja a un mero problema de orden público.

La protesta juvenil se manifiesta en formas metodológicas que están relacionadas sin duda alguna con profundos y devastadores cambios en el mercado de trabajo: una franja en la que están incluidos los jóvenes de 14 a 24 años los que trabajan solo más de 660 horas sobre cerca de 2 mil horas al medio de desocupación. Pero también se vincula, y muy especialmente con un sistema político cerrado, sustancialmente impermeable en el plano cultural y organizativo y que es incapaz de ofrecer salidas positivas a los fermentos juveniles, ciertamente caóticos pero no siempre únicamente destructivos.

Los jóvenes, como acabamos de ver, han sido particularmente afectados por la filosofía de vida propagada por la "dama de hierro" y que podría expresarse en la siguiente consigna: "quien se arriesga es un héroe y quien es pobre debe convivir con su fracaso, captando todo el peso material y moral". Ante esta propuesta vital el nuevo "lumpen inglés" tiende a rebelarse, y cuando esto sucede la reacción se debe no al hecho de que esté inspirado por valores de solidaridad sino simplemente porque el éxito predicho por los conservadores le lleva a alcanzarlo también a él. Se trata entonces de una subalternidad cultural que es vivida no obstante en términos conflictivos y fuertemente agresivos.

La sociología inglesa, ya no sólo el variado y fragmentado mundo juvenil, vive en la actualidad un preocupante proceso de barbarización cultural y social que ha llegado a afectar hasta las instituciones mismas. Que esto es así lo demuestran las declaraciones efectuadas por el jefe de policía de Londres en las cuales propicia que se implementen nuevamente las penas corporales y en la obstinada propuesta, en el seno del partido gobernante, de la reimplantación de la pena de muerte. No está ausente tampoco el barbarismo político: la irrupción de grupos de derecha radical, cuyo programa puede ser reducido a la lucha por defender siempre y en cualquier lugar la independencia de la nación británica, es un fenómeno que no debe descuidarse porque alimenta las tendencias xenófobas y las manifestaciones de intolerancia racial presente, es cierto, en una sociedad atravesada por profundas contradicciones sociales. El crecimiento de estos fenómenos va acompañado pues con la destrucción de cualquier forma o tejido de asociación pública.

Revalorización de la esfera pública

Quienes estén a favor de una sociedad dual, fuertemente polarizada, que expulsa hasta la marginación a sectores cada vez más numerosos de la población para garantizar el bienestar de una franja cada vez más reducida de privilegiados, no debe desentenderse del costo que todo esto conlleva: pobreza extrema, marginalidad, delincuencia, desintegración social y barbarismo político. Por el contrario, quienes creemos en la necesidad de buscar alguna alternativa al individualismo económico y a la autosuficiencia familiar propugnados por los defensores de la "democracia de los propietarios" debemos proponer una reevaluación de la esfera pública en la vida social. Sin embargo esta revalorización debe ir más allá de la reaffirmación de las virtudes de las instituciones con las cuales hemos crecido sino que debe encontrar una nueva base de cooperación ciudadana que refleje el interés común por una nueva calidad de vida y por novedosas formas de organización que garanticen la justicia y la libertad, tan fuertemente afectadas en los últimos tiempos. No pueden ser otro el desafío de los socialistas

de alcohol. Sin embargo, agrega Hall, sería un error demasiado grave "leer" las nuevas agresiones juveniles sólo en términos negativos. Si así se hiciera se estaría reduciendo una situación sumamente compleja a un mero problema de orden público.

La protesta juvenil se manifiesta en formas metodológicas que están relacionadas sin duda alguna con profundos y devastadores cambios en el mercado de trabajo: una franja en la que están incluidos los jóvenes de 14 a 24 años los que trabajan solo más de 660 horas sobre cerca de 2 mil horas al medio de desocupación. Pero también se vincula, y muy especialmente con un sistema político cerrado, sustancialmente impermeable en el plano cultural y organizativo y que es incapaz de ofrecer salidas positivas a los fermentos juveniles, ciertamente caóticos pero no siempre únicamente destructivos.

Los jóvenes, como acabamos de ver, han sido particularmente afectados por la filosofía de vida propagada por la "dama de hierro" y que podría expresarse en la siguiente consigna: "quien se arriesga es un héroe y quien es pobre debe convivir con su fracaso, captando todo el peso material y moral". Ante esta propuesta vital el nuevo "lumpen inglés" tiende a rebelarse, y cuando esto sucede la reacción se debe no al hecho de que esté inspirado por valores de solidaridad sino simplemente porque el éxito predicho por los conservadores le lleva a alcanzarlo también a él. Se trata entonces de una subalternidad cultural que es vivida no obstante en términos conflictivos y fuertemente agresivos.

La sociología inglesa,

ya no sólo el variado y fragmentado mundo juvenil, vive en la actualidad un preocupante proceso de barbarización cultural y social que ha llegado a afectar hasta las instituciones mismas. Que esto es así lo demuestran las declaraciones efectuadas por el jefe de policía de Londres en las cuales propicia que se implementen nuevamente las penas corporales y en la obstinada propuesta, en el seno del partido gobernante, de la reimplantación de la pena de muerte. No está ausente tampoco el barbarismo político: la irrupción de grupos de derecha radical, cuyo programa puede ser reducido a la lucha por defender siempre y en cualquier lugar la independencia de la nación británica, es un fenómeno que no debe descuidarse porque alimenta las tendencias xenófobas y las manifestaciones de intolerancia racial presente, es cierto, en una sociedad atravesada por profundas contradicciones sociales. El crecimiento de estos fenómenos va acompañado pues con la destrucción de cualquier forma o tejido de asociación pública.

Revalorización de la esfera pública

Quienes estén a favor de una sociedad dual, fuertemente polarizada, que expulsa hasta la marginación a sectores cada vez más numerosos de la población para garantizar el bienestar de una franja cada vez más reducida de privilegiados, no debe desentenderse del costo que todo esto conlleva: pobreza extrema, marginalidad, delincuencia, desintegración social y barbarismo político. Por el contrario, quienes creemos en la necesidad de buscar alguna alternativa al individualismo económico y a la autosuficiencia familiar propugnados por los defensores de la "democracia de los propietarios" debemos proponer una reevaluación de la esfera pública en la vida social. Sin embargo esta revalorización debe ir más allá de la reaffirmación de las virtudes de las instituciones con las cuales hemos crecido sino que debe encontrar una nueva base de cooperación ciudadana que refleje el interés común por una nueva calidad de vida y por novedosas formas de organización que garanticen la justicia y la libertad, tan fuertemente afectadas en los últimos tiempos. No pueden ser otro el desafío de los socialistas

de alcohol. Sin embargo, agrega Hall, sería un error demasiado grave "leer" las nuevas agresiones juveniles sólo en términos negativos. Si así se hiciera se estaría reduciendo una situación sumamente compleja a un mero problema de orden público.

La protesta juvenil se manifiesta en formas metodológicas que están relacionadas sin duda alguna con profundos y devastadores cambios en el mercado de trabajo: una franja en la que están incluidos los jóvenes de 14 a 24 años los que trabajan solo más de 660 horas sobre cerca de 2 mil horas al medio de desocupación. Pero también se vincula, y muy especialmente con un sistema político cerrado, sustancialmente impermeable en el plano cultural y organizativo y que es incapaz de ofrecer salidas positivas a los fermentos juveniles, ciertamente caóticos pero no siempre únicamente destructivos.

Los jóvenes, como acabamos de ver, han sido particularmente afectados por la filosofía de vida propagada por la "dama de hierro" y que podría expresarse en la siguiente consigna: "quien se arriesga es un héroe y quien es pobre debe convivir con su fracaso, captando todo el peso material y moral". Ante esta propuesta vital el nuevo "lumpen inglés" tiende a rebelarse, y cuando esto sucede la reacción se debe no al hecho de que esté inspirado por valores de solidaridad sino simplemente porque el éxito predicho por los conservadores le lleva a alcanzarlo también a él. Se trata entonces de una subalternidad cultural que es vivida no obstante en términos conflictivos y fuertemente agresivos.

La sociología inglesa, ya no sólo el variado y fragmentado mundo juvenil, vive en la actualidad un preocupante proceso de barbarización cultural y social que ha llegado a afectar hasta las instituciones mismas. Que esto es así lo demuestran las declaraciones efectuadas por el jefe de policía de Londres en las cuales propicia que se implementen nuevamente las penas corporales y en la obstinada propuesta, en el seno del partido gobernante, de la reimplantación de la pena de muerte. No está ausente tampoco el barbarismo político: la irrupción de grupos de derecha radical, cuyo programa puede ser reducido a la lucha por defender siempre y en cualquier lugar la independencia de la nación británica, es un fenómeno que no debe descuidarse porque alimenta las tendencias xenófobas y las manifestaciones de intolerancia racial presente, es cierto, en una sociedad atravesada por profundas contradicciones sociales. El crecimiento de estos fenómenos va acompañado pues con la destrucción de cualquier forma o tejido de asociación pública.

Revalorización de la esfera pública

Quienes estén a favor de una sociedad dual, fuertemente polarizada, que expulsa hasta la marginación a sectores cada vez más numerosos de la población para garantizar el bienestar de una franja cada vez más reducida de privilegiados, no debe desentenderse del costo que todo esto conlleva: pobreza extrema, marginalidad, delincuencia, desintegración social y barbarismo político. Por el contrario, quienes creemos en la necesidad de buscar alguna alternativa al individualismo económico y a la autosuficiencia familiar propugnados por los defensores de la "democracia de los propietarios" debemos proponer una reevaluación de la esfera pública en la vida social. Sin embargo esta revalorización debe ir más allá de la reaffirmación de las virtudes de las instituciones con las cuales hemos crecido sino que debe encontrar una nueva base de cooperación ciudadana que refleje el interés común por una nueva calidad de vida y por novedosas formas de organización que garanticen la justicia y la libertad, tan fuertemente afectadas en los últimos tiempos. No pueden ser otro el desafío de los socialistas

de alcohol. Sin embargo, agrega Hall, sería un error demasiado grave "leer" las nuevas agresiones juveniles sólo en términos negativos. Si así se hiciera se estaría reduciendo una situación sumamente compleja a un mero problema de orden público.

La protesta juvenil se manifiesta en formas metodológicas que están relacionadas sin duda alguna con profundos y devastadores cambios en el mercado de trabajo: una franja en la que están incluidos los jóvenes de 14 a 24 años los que trabajan solo más de 660 horas sobre cerca de 2 mil horas al medio de desocupación. Pero también se vincula, y muy especialmente con un sistema político cerrado, sustancialmente impermeable en el plano cultural y organizativo y que es incapaz de ofrecer salidas positivas a los fermentos juveniles, ciertamente caóticos pero no siempre únicamente destructivos.

Los jóvenes, como acabamos de ver, han sido particularmente afectados por la filosofía de vida propagada por la "dama de hierro" y que podría expresarse en la siguiente consigna: "quien se arriesga es un héroe y quien es pobre debe convivir con su fracaso, captando todo el peso material y moral". Ante esta propuesta vital el nuevo "lumpen inglés" tiende a rebelarse, y cuando esto sucede la reacción se debe no al hecho de que esté inspirado por valores de solidaridad sino simplemente porque el éxito predicho por los conservadores le lleva a alcanzarlo también a él. Se trata entonces de una subalternidad cultural que es vivida no obstante en términos conflictivos y fuertemente agresivos.

La sociología inglesa, ya no sólo el variado y fragmentado mundo juvenil, vive en la actualidad un preocupante proceso de barbarización cultural y social que ha llegado a afectar hasta las instituciones mismas. Que esto es así lo demuestran las declaraciones efectuadas por el jefe de policía de Londres en las cuales propicia que se implementen nuevamente las penas corporales y en la obstinada propuesta, en el seno del partido gobernante, de la reimplantación de la pena de muerte. No está ausente tampoco el barbarismo político: la irrupción de grupos de derecha radical, cuyo programa puede ser reducido a la lucha por defender siempre y en cualquier lugar la independencia de la nación británica, es un fenómeno que no debe descuidarse porque alimenta las tendencias xenófobas y las manifestaciones de intolerancia racial presente, es cierto, en una sociedad atravesada por profundas contradicciones sociales. El crecimiento de estos fenómenos va acompañado pues con la destrucción de cualquier forma o tejido de asociación pública.

Revalorización de la esfera pública

Quienes estén a favor de una sociedad dual, fuertemente polarizada, que expulsa hasta la marginación a sectores cada vez más numerosos de la población para garantizar el bienestar de una franja cada vez más reducida de privilegiados, no debe desentenderse del costo que todo esto conlleva: pobreza extrema, marginalidad, delincuencia, desintegración social y barbarismo político. Por el contrario, quienes creemos en la necesidad de buscar alguna alternativa al individualismo económico y a la autosuficiencia familiar propugnados por los defensores de la "democracia de los propietarios" debemos proponer una reevaluación de la esfera pública en la vida social. Sin embargo esta revalorización debe ir más allá de la reaffirmación de las virtudes de las instituciones con las cuales hemos crecido sino que debe encontrar una nueva base de cooperación ciudadana que refleje el interés común por una nueva calidad de vida y por novedosas formas de organización que garanticen la justicia y la libertad, tan fuertemente afectadas en los últimos tiempos. No pueden ser otro el desafío de los socialistas

de alcohol. Sin embargo, agrega Hall, sería un error demasiado grave "leer" las nuevas agresiones juveniles sólo en términos negativos. Si así se hiciera se estaría reduciendo una situación sumamente compleja a un mero problema de orden público.

La protesta juvenil se manifiesta en formas metodológicas que están relacionadas sin duda alguna con profundos y devastadores cambios en el mercado de trabajo: una franja en la que están incluidos los jóvenes de 14 a 24 años los que trabajan solo más de 660 horas sobre cerca de 2 mil horas al medio de desocupación. Pero también se vincula, y muy especialmente con un sistema político cerrado, sustancialmente impermeable en el plano cultural y organizativo y que es incapaz de ofrecer salidas positivas a los fermentos juveniles, ciertamente caóticos pero no siempre únicamente destructivos.

Los jóvenes, como acabamos de ver, han sido particularmente afectados por la filosofía de vida propagada por la "dama de hierro" y que podría expresarse en la siguiente consigna: "quien se arriesga es un héroe y quien es pobre debe convivir con su fracaso, captando todo el peso material y moral". Ante esta propuesta vital el nuevo "lumpen inglés" tiende a rebelarse, y cuando esto sucede la reacción se debe no al hecho de que esté inspirado por valores de solidaridad sino simplemente porque el éxito predicho por los conservadores le lleva a alcanzarlo también a él. Se trata entonces de una subalternidad cultural que es vivida no obstante en términos conflictivos y fuertemente agresivos.

La sociología inglesa, ya no sólo el variado y fragmentado mundo juvenil, vive en la actualidad un preocupante proceso de barbarización cultural y social que ha llegado a afectar hasta las instituciones mismas. Que esto es así lo demuestran las declaraciones efectuadas por el jefe de policía de Londres en las cuales propicia que se implementen nuevamente las penas corporales y en la obstinada propuesta, en el seno del partido gobernante, de la reimplantación de la pena de muerte. No está ausente tampoco el barbarismo político: la irrupción de grupos de derecha radical, cuyo programa puede ser reducido a la lucha por defender siempre y en cualquier lugar la independencia de la nación británica, es un fenómeno que no debe descuidarse porque alimenta las tendencias xenófobas y las manifestaciones de intolerancia racial presente, es cierto, en una sociedad atravesada por profundas contradicciones sociales. El crecimiento de estos fenómenos va acompañado pues con la destrucción de cualquier forma o tejido de asociación pública.

Revalorización de la esfera pública

Quienes estén a favor de una sociedad dual, fuertemente polarizada, que expulsa hasta la marginación a sectores cada vez más numerosos de la población para garantizar el bienestar de una franja cada vez más reducida de privilegiados, no debe desentenderse del costo que todo esto conlleva: pobreza extrema, marginalidad, delincuencia, desintegración social y barbarismo político. Por el contrario, quienes creemos en la necesidad de buscar alguna alternativa al individualismo económico y a la autosuficiencia familiar propugnados por los defensores de la "democracia de los propietarios" debemos proponer una reevaluación de la esfera pública en la vida social. Sin embargo esta revalorización debe ir más allá de la reaffirmación de las virtudes de las instituciones con las cuales hemos crecido sino que debe encontrar una nueva base de cooperación ciudadana que refleje el interés común por una nueva calidad de vida y por novedosas formas de organización que garanticen la justicia y la libertad, tan fuertemente afectadas en los últimos tiempos. No pueden ser otro el desafío de los socialistas

de alcohol. Sin embargo, agrega Hall, sería un error demasiado grave "leer" las nuevas agresiones juveniles sólo en términos negativos. Si así se hiciera se estaría reduciendo una situación sumamente compleja a un mero problema de orden público.

La protesta juvenil se manifiesta en formas metodológicas que están relacionadas sin duda alguna con profundos y devastadores cambios en el mercado de trabajo: una franja en la que están incluidos los jóvenes de 14 a 24 años los que trabajan solo más de 660 horas sobre cerca de 2 mil horas al medio de desocupación. Pero también se vincula, y muy especialmente con un sistema político cerrado, sustancialmente impermeable en el plano cultural y organizativo y que es incapaz de ofrecer salidas positivas a los fermentos juveniles, ciertamente caóticos pero no siempre únicamente destructivos.

Los jóvenes, como acabamos de ver, han sido particularmente afectados por la filosofía de vida propagada por la "dama de hierro" y que podría expresarse en la siguiente consigna: "quien se arriesga es un héroe y quien es pobre debe convivir con su fracaso, captando todo el peso material y moral". Ante esta propuesta vital el nuevo "lumpen inglés" tiende a rebelarse, y cuando esto sucede la reacción se debe no al hecho de que esté inspirado por valores de solidaridad sino simplemente porque el éxito predicho por los conservadores le lleva a alcanzarlo también a él. Se trata entonces de una subalternidad cultural que es vivida no obstante en términos conflictivos y fuertemente agresivos.

La sociología inglesa, ya no sólo el variado y fragmentado mundo juvenil, vive en la actualidad un preocupante proceso de barbarización cultural y social que ha llegado a afectar hasta las instituciones mismas. Que esto es así lo demuestran las declaraciones efectuadas por el jefe de policía de Londres en las cuales propicia que se implementen nuevamente las penas corporales y en la obstinada propuesta, en el seno del partido gobernante, de la reimplantación de la pena de muerte. No está ausente tampoco el barbarismo político: la irrupción de grupos de derecha radical, cuyo programa puede ser reducido a la lucha por defender siempre y en cualquier lugar la independencia de la nación británica, es un fenómeno que no debe descuidarse porque alimenta las tendencias xenófobas y las manifestaciones de intolerancia racial presente, es cierto, en una sociedad atravesada por profundas contradicciones sociales. El crecimiento de estos fenómenos va acompañado pues con la destrucción de cualquier forma o tejido de asociación pública.

Revalorización de la esfera pública

Quienes estén a favor de una sociedad dual, fuertemente polarizada, que expulsa hasta la marginación a sectores cada vez más numerosos de la población para garantizar el bienestar de una franja cada vez más reducida de privilegiados, no debe desentenderse del costo que todo esto conlleva: pobreza extrema, marginalidad, delincuencia, desintegración social y barbarismo político. Por el contrario, quienes creemos en la necesidad de buscar alguna alternativa al individualismo económico y a la autosuficiencia familiar propugnados por los defensores de la "democracia de los propietarios" debemos proponer una reevaluación de la esfera pública en la vida social. Sin embargo esta revalorización debe ir más allá de la reaffirmación de las virtudes de las instituciones con las cuales hemos crecido sino que debe encontrar una nueva base de cooperación ciudadana que refleje el interés común por una nueva calidad de vida y por novedosas formas de organización que garanticen la justicia y la libertad, tan fuertemente afectadas en los últimos tiempos. No pueden ser otro el desafío de los socialistas

de alcohol. Sin embargo, agrega Hall, sería un error demasiado grave "leer" las nuevas agresiones juveniles sólo en términos negativos. Si así se hiciera se estaría reduciendo una situación sumamente compleja a un mero problema de orden público.

La protesta juvenil se manifiesta en formas metodológicas que están relacionadas sin duda alguna con profundos y devastadores cambios en el mercado de trabajo: una franja en la que están incluidos los jóvenes de 14 a 24 años los que trabajan solo más de 660 horas sobre cerca de 2 mil horas al medio de desocupación. Pero también se vincula, y muy especialmente con un sistema político cerrado, sustancialmente impermeable en el plano cultural y organizativo y que es incapaz de ofrecer salidas positivas a los fermentos juveniles, ciertamente caóticos pero no siempre únicamente destructivos.

Los jóvenes, como acabamos de ver, han sido particularmente afectados por la filosofía de vida propagada por la "dama de hierro" y que podría expresarse en la siguiente consigna: "quien se arriesga es un héroe y quien es pobre debe convivir con su fracaso, captando todo el peso material y moral". Ante esta propuesta vital el nuevo "lumpen inglés" tiende a rebelarse, y cuando esto sucede la reacción se debe no al hecho de que esté inspirado por valores de solidaridad sino simplemente porque el éxito predicho por los conservadores le lleva a alcanzarlo también a él. Se trata entonces de una subalternidad cultural que es vivida no obstante en términos conflictivos y fuertemente agresivos.

La sociología inglesa, ya no sólo el variado y fragmentado mundo juvenil, vive en la actualidad un preocupante proceso de barbarización cultural y social que ha llegado a afectar hasta las instituciones mismas. Que esto es así lo demuestran las declaraciones efectuadas por el jefe de policía de Londres en las cuales propicia que se implementen nuevamente las penas corporales y en la obstinada propuesta, en el seno del partido gobernante, de la reimplantación de la pena de muerte. No está ausente tampoco el barbarismo político: la irrupción de grupos de derecha radical, cuyo programa puede ser reducido a la lucha por defender siempre y en cualquier lugar la independencia de la nación británica, es un fenómeno que no debe descuidarse porque alimenta las tendencias xenófobas y las manifestaciones de intolerancia racial presente, es cierto, en una sociedad atravesada por profundas contradicciones sociales. El crecimiento de estos fenómenos va acompañado pues con la destrucción de cualquier forma o tejido de asociación pública.

Revalorización de la esfera pública

Quienes estén a favor de una sociedad dual, fuertemente polarizada, que expulsa hasta la marginación a sectores cada vez más numerosos de la población para garantizar el bienestar de una franja cada vez más reducida de privilegiados, no debe desentenderse del costo que todo esto conlleva: pobreza extrema, marginalidad, delincuencia, desintegración social y barbarismo político. Por el contrario, quienes creemos en la necesidad de buscar alguna alternativa al individualismo económico y a la autosuficiencia familiar propugnados por los defensores de la "democracia de los propietarios" debemos proponer una reevaluación de la esfera pública en la vida social. Sin embargo esta revalorización debe ir más allá de la reaffirmación de las virtudes de las instituciones con las cuales hemos crecido sino que debe encontrar una nueva base de cooperación ciudadana que refleje el interés común por una nueva calidad de vida y por novedosas formas de organización que garanticen la justicia y la libertad, tan fuertemente afectadas en los últimos tiempos. No pueden ser otro el desafío de los socialistas

de alcohol. Sin embargo, agrega Hall, sería un error demasiado grave "leer" las nuevas agresiones juveniles sólo en términos negativos. Si así se hiciera se estaría reduciendo una situación sumamente compleja a un mero problema de orden público.

La protesta juvenil se manifiesta en formas metodológicas que están relacionadas sin duda alguna con profundos y devastadores cambios en el mercado de trabajo: una franja en la que están incluidos los jóvenes de 14 a 24 años los que trabajan solo más de 660 horas sobre cerca de 2 mil horas al medio de desocupación. Pero también se vincula, y muy especialmente con un sistema político cerrado, sustancialmente impermeable en el plano cultural y organizativo y que es incapaz de ofrecer salidas positivas a los fermentos juveniles, ciertamente caóticos pero no siempre únicamente destructivos.

Los jóvenes, como acabamos de ver, han sido particularmente afectados por la filosofía de vida propagada por la "dama de hierro" y que podría expresarse en la siguiente consigna: "quien se arriesga es un héroe y quien es pobre debe convivir con su fracaso, captando todo el peso material y moral". Ante esta propuesta vital el nuevo "lumpen inglés" tiende a rebelarse, y cuando esto sucede la reacción se debe no al hecho de que esté inspirado por valores de solidaridad sino simplemente porque el éxito predicho por los conservadores le lleva a alcanzarlo también a él. Se trata entonces de una subalternidad cultural que es vivida no obstante en términos conflictivos y fuertemente agresivos.

La sociología inglesa, ya no sólo el variado y fragmentado mundo juvenil, vive en la actualidad un preocupante proceso de barbarización cultural y social que ha llegado a afectar hasta las instituciones mismas. Que esto es así lo demuestran las declaraciones efectuadas por el jefe de policía de Londres en las cuales propicia que se implementen nuevamente las penas corporales y en la obstinada propuesta, en el seno del partido gobernante, de la reimplantación de la pena de muerte. No está ausente tampoco el barbarismo político: la irrupción de grupos de derecha radical, cuyo programa puede ser reducido a la lucha por defender siempre y en cualquier lugar la independencia de la nación británica, es un fenómeno que no debe descuidarse porque alimenta las tendencias xenófobas y las manifestaciones de intolerancia racial presente, es cierto, en una sociedad atravesada por profundas contradicciones sociales. El crecimiento de estos fenómenos va acompañado pues con la destrucción de cualquier forma o tejido de asociación pública.

Revalorización de la esfera pública

Quienes estén a favor de una sociedad dual, fuertemente polarizada, que expulsa hasta la marginación a sectores cada vez más numerosos de la población para garantizar el bienestar de una franja cada vez más reducida de privilegiados, no debe desentenderse del costo que todo esto conlleva: pobreza extrema, marginalidad, delincuencia, desintegración social y barbarismo político. Por el contrario, quienes creemos en la necesidad de buscar alguna alternativa al individualismo económico y a la autosuficiencia familiar propugnados por los defensores de la "democracia de los propietarios" debemos proponer una reevaluación de la esfera pública en la vida social. Sin embargo esta revalorización debe ir más allá de la reaffirmación de las virtudes de las instituciones con las cuales hemos crecido sino que debe encontrar una nueva base de cooperación ciudadana que refleje el interés común por una nueva calidad de vida y por novedosas formas de organización que garanticen la justicia y la libertad, tan fuertemente afectadas en los últimos tiempos. No pueden ser otro el desafío de los socialistas

de alcohol. Sin embargo, agrega Hall, sería un error demasiado grave "leer" las nuevas agresiones juveniles sólo en términos negativos. Si así se hiciera se estaría reduciendo una situación sumamente compleja a un mero problema de orden público.

La protesta juvenil se manifiesta en formas metodológicas que están relacionadas sin duda alguna con profundos y devastadores cambios en el mercado de trabajo: una franja en la que están incluidos los jóvenes de 14 a 24 años los que trabajan solo más de 660 horas sobre cerca de 2 mil horas al medio de desocupación. Pero también se vincula, y muy especialmente con un sistema político cerrado, sustancialmente impermeable en el plano cultural y organizativo y que es incapaz de ofrecer salidas positivas a los fermentos juveniles, ciertamente caóticos pero no siempre únicamente destructivos.

Los jóvenes, como acabamos de ver, han sido particularmente afectados por la filosofía de vida propagada por la "dama de hierro" y que podría expresarse en la siguiente consigna: "quien se arriesga es un héroe y quien es pobre debe convivir con su fracaso, captando todo el peso material y moral". Ante esta propuesta vital el nuevo "lumpen inglés" tiende a rebelarse, y cuando esto sucede la reacción se debe no al hecho de que esté inspirado por valores de solidaridad sino simplemente porque el éxito predicho por los conservadores le lleva a alcanzarlo también a él. Se trata entonces de una subalternidad cultural que es vivida no obstante en términos conflictivos y fuertemente agresivos.

La sociología inglesa, ya no sólo el variado y fragmentado mundo juvenil, vive en la actualidad un preocupante proceso de barbarización cultural y social que ha llegado a afectar hasta las instituciones mismas. Que esto es así lo demuestran las declaraciones efectuadas por el jefe de policía de Londres en las cuales propicia que se implementen nuevamente las penas corporales y en la obstinada propuesta, en el seno del partido gobernante, de la reimplantación de la pena de muerte. No está ausente tampoco el barbarismo político: la irrupción de grupos de derecha radical, cuyo programa puede ser reducido a la lucha por defender siempre y en cualquier lugar la independencia de la nación británica, es un fenómeno que no debe descuidarse porque alimenta las tendencias xenófobas y las manifestaciones de intolerancia racial presente, es cierto, en una sociedad atravesada por profundas contradicciones sociales. El crecimiento de estos fenómenos va acompañado pues con la destrucción de cualquier forma o tejido de asociación pública.

Revalorización de la esfera pública

Quienes estén a favor de una sociedad dual, fuertemente polarizada, que expulsa hasta la marginación a sectores cada vez más numerosos de la población para garantizar el bienestar de una franja cada vez más reducida de privilegiados, no debe desentenderse del costo que todo esto conlleva: pobreza extrema, marginalidad, delincuencia, desintegración social y barbarismo político. Por el contrario, quienes creemos en la necesidad de buscar alguna alternativa al individualismo económico y a la autosuficiencia familiar propugnados por los defensores de la "democracia de los propietarios" debemos proponer una reevaluación de la esfera pública en la vida social. Sin embargo esta revalorización debe ir más allá de la reaffirmación de las virtudes de las instituciones con las cuales hemos crecido sino que debe encontrar una nueva base de cooperación ciudadana que refleje el interés común por una nueva calidad de vida y por novedosas formas de organización que garanticen la justicia y la libertad, tan fuertemente afectadas en los últimos tiempos. No pueden ser otro el desafío de los socialistas

de alcohol. Sin embargo, agrega Hall, sería un error demasiado grave "leer" las nuevas agresiones juveniles sólo en términos negativos. Si así se hiciera se estaría reduciendo una situación sumamente compleja a un mero problema de orden público.

La protesta juvenil se manifiesta en formas metodológicas que están relacionadas sin duda alguna con profundos y devast

central el bienestar general y permitir una redistribución más equitativa. El viejo concepto de desarrollo económico es puesto en cuestión a comienzos de los años setenta cuando el Club de Roma percibe en las proyecciones de las futuras tasas de crecimiento la vía maestra hacia la catástrofe. Hoy sabemos que las estadísticas sobre el crecimiento del PBI de un país dijeron nada sobre la calidad de vida. El crecimiento económico puede ser negativo, pero la calidad de vida puede hasta a veces mejorar (cuando, por ejemplo, existen menos accidentes callejeros). Al revés, la economía puede desarrollarse, pero la calidad de vida puede empeorar (cuando, por ejemplo, el crecimiento conlleva grandes daños al ambiente).

Partiendo de estas constataciones, la socialdemocracia alemana ha extraído la conclusión de que sólo un crecimiento económico selectivo puede ser aceptable. Su esbozo de programa proyecta, en concreto, un crecimiento que "asegura una vida segura la naturaleza, mejora la calidad de vida, abre posibilidades futuras para todos, reduce las dependencias y promueve la autonomía individual, tornando superfluos los trabajos pesados y monótonos, crea nuevas condiciones de trabajo más humanas y estimula la creatividad de los individuos".



gen al hombre y a la naturaleza y acrecientan al bienestar. Seleccionar las tecnologías con base en criterios fijados mediante el diálogo con los ciudadanos, es un objetivo esencialmente político.

El último punto se refiere a Europa y a la renovación del orden económico mundial. Uno de los problemas fundamentales afrontados en el nuevo programa de la SPD es la creciente internacionalización de la economía y de la sociedad. Problemas coyunturales, ocupación, seguridad social, contaminación, energía y cuestiones monetarias; ninguna de estas cuestiones puede ser resuelta a nivel nacional. La creación de un ordenamiento económico equitativo y eficiente, que asegure entre otras cosas el equilibrio entre el Sur y los países industrializados, es una exigencia de la que cualquier política económica debe hacerse cargo.

El desarrollo de la Comunidad europea va en el sentido del progreso hacia un orden económico internacional más equitativo y democráticamente sólido en la medida en que asegura una coordinación mejor entre las fuerzas y los intereses del Sur y del Norte en el mundo.

Para un ordenamiento económico mundial más equitativo no se crea sin la estrecha cooperación internacional de sindicatos fuertes. La Comunidad europea abre espacios de acción también en esta dirección. Ofrece a quienquiera la posibilidad de afirmarse y de influir sobre el mercado mundial. Para esto es necesario que se desarrolle en un espacio económico, monetario y social unitario.

La socialdemocracia alemana ha sido y sigue siendo un partido de programa, porque cree en la capacidad de mejoramiento del ordenamiento social. Y tiene a conquistar consensos mediante la fuerza de sus propias ideas y de sus argumentaciones. El esbozo de nuevo programa pude y debe, precisamente por esto, ser expuesto a la crítica y al análisis particularizado. De todos modos hoy puede afirmarse un hecho indiscutible: entre los partidos de la República federal, la SPD es el primero, y hasta ahora el único, que afronta la tarea de responder a los desafíos de nuestro tiempo con un proyecto de conjunto dirigido hacia el siglo próximo.

Mondoperario, 11/1989. Traducción: José Aricó.

En la parte superior izquierda, una foto en blanco y negro de un grupo de personas en un entorno rural o industrial. En la parte inferior, una foto en blanco y negro de un hombre con barba y sombrero, mirando hacia la derecha.

La finalidad fundamental de la economía es, en última instancia, la de defender o mejorar la calidad de vida de las generaciones presentes y futuras. El crecimiento económico es, en el fondo, un efecto secundario, un dato estadístico, que existe y tiene valor a los fines de determinados cálculos económicos. No es por sí mismo un certificado de particulares méritos políticos, ni un objetivo político.

Quinto punto es el desarrollo tecnológico. Otro sector de la renovación económica es el del desarrollo de la tecnología. Ligada como estaba todavía a la fe ilimitada en la técnica, la SPD en los años '50 no había advertido su carácter bifronte. Hoy, para la SPD, la innovación técnica no significa, automáticamente, un mayor progreso social. Existen tecnologías que representan un peligro para el hombre y para la naturaleza, y como tales deben ser prohibidas o usadas de manera limitada. Deben ser, en cambio, incentivadas aquellas tecnologías que prote-



La forma e un detritus

Si nos atenemos al modo de empezar y concluir de su viaje danubiano nos da la sensación de estar inmersos en un discurso sobre la inexistencia de las cosas. El Danubio, según la leyenda, nace de un sencillo grifo en Alemania y desemboca en pleno delta de aluvión, en medio de una amalgama de pueblos y civilizaciones. Un curso en cierto modo húlderliniano que nace en el corazón de la Mitteleuropa y desemboca en las riberas soleadas de una parte, la oriental, cuyos vínculos son ya más periféricos con respecto al centro del sistema...

Recuerdo que cuando surgió la idea del libro nos encontrábamos en un camping entre Viena y Bratislava. Allí al lado, en un paisaje bucólico, discurrecía el Danubio y un poco más arriba una flecha indicaba la existencia de un "Museo del Danubio". Fue algo así como estar viviendo una experiencia amorosa y contemplar un cartel que indica el museo de tal experiencia. El río existía porque allí estaba aquella flecha indicando su museo; el deseo fue entonces plantearse qué ocurriría de seguir su curso hasta la desembocadura. Asimismo se plantea otro problema ya que, en el plano del conocimiento, el tal Danubio no sabemos bien donde nace pero para este yo viajero sin embargo existe, está ahí. Por consiguiente todo el viaje se mueve en torno a la percepción del fluir de las aguas, de lo cual el viajero es-

El Danubio de Claudio Magris es una de las aportaciones de la literatura y del pensamiento europeo más importantes de los últimos años. Un título que evoca la iniciación y el testimonio. La iniciación a un mundo fragmentario que, por paradójico que parezca, puede vincular al Este y al Oeste en un proyecto

unificado y un testimonio teñido inevitablemente de melancolía. Melancolía del yo viajero ante el curso de las aguas límpidas y turbias como el propio pensamiento:

melancolía, asimismo, de un itinerario espiritual que desborda una y otra vez los límites precarios de la filosofía. Claudio Magris, triestino, profesor de literatura alemana, nos conduce no sin cierta perplejidad desde el nacimiento del río hasta su desembocadura, apoyándose en el bagaje de veinte años de profesor hacia la Mitteleuropa la pasión del conocimiento pero, sobre todo, amparándose en el contradictorio flujo de un "viaje sentimental". Colocándose de manera espontánea y natural de la parte de un mundo a veces químérico y delirante, otras,

como el viejo profesor Lukács o el humilde maletín de Sigmund Freud, motivados simplemente por el estímulo de ayudar a esclarecer un poco más las tinieblas del presente. La conversación que sigue es pues el testimonio, como él mismo dice, de un naufragio que se aferra a una tabla que no es un decálogo de valores, pero si una exigencia de tales valores.



Un "viaje sentimental" por el Danubio

Ramón F. Reboiras y José Andrés Rojo

tá convencido como también de que, pese a todo, el mundo también existe. Con respecto a la desembocadura en ese delta tan complejo, se trata del descubrimiento de una parte tradicionalmente al margen que integra también lo que se conoce por Mitteleuropa. Es más, quizás es más mitteleuropa la iglesia negra de Brasov-Kronstadt en Rumania que una iglesia barroca de Viena. Se trata finalmente de una dispersión progresiva de los vínculos, algo cercano a la muerte, al final, pero asimismo de una desintegración de la cultura por lo tanto cada vez que el viajero se va acercando más a la desembocadura aquella se transforma en un rumor indistinguible. Un caso similar del naturalista que de las trescientas especies de pájaros existentes en la realidad puede que conozca sólo dos; se trata de un paulatino dispersando que finalmente adquiere la forma de un detritus.

El Danubio es un libro fronterizo: por su escritura, que cabalgó entre lo narrativo y lo ensayístico, pero sobre todo por sus ocupaciones. Siempre parece moverse entre dos polos sobre una línea suel, alumbrando fulgores y oscuridades de los paisajes, los hombres y la historia que el río va dejando atrás. Así ocurre con el Sacro Imperio Germánico, una unidad frágil en la que pueden convivir distintos particularismos; pero más tarde la experiencia del III Reich, donde esos particularismos se sacrifican en aras de una unidad más fuerte y de

El Bolívar de García Márquez

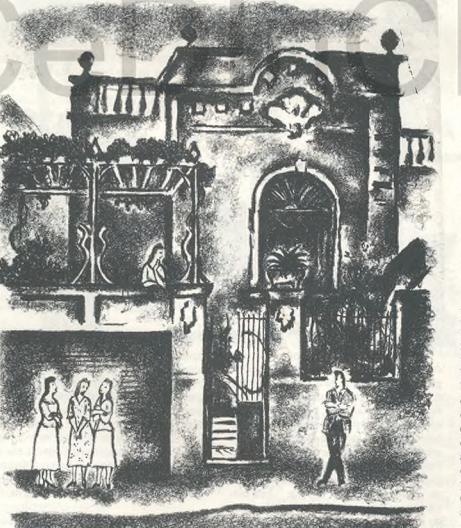
El piolín de Ariadna (algunas indicaciones para salir del laberinto)

Miguel Angel García

En 1826, cuando estaba por anunciar públicamente su proyecto de Federación de los Andes, Bolívar escribió al general Santa Cruz: "Voy a entrar en un laberinto horrible". En diciembre de 1830, según las memorias de Réverend, exclamó en su lecho de muerte: "¿cómo voy a salir de este laberinto?" Es de esta segunda frase que tomó Gabriel García Márquez el título y el cierre de su libro. De un laberinto se trata, por lo tanto. En el que el héroe dejó sus huesos sin haber encontrado la salida, y en el que el narrador colombiano nos sitúa idealmente. Los laberintos, tan amados por los jardineros italiani del período barroco, son construcciones lógicas, bromas de la razón. Representan la historia y el pensamiento como sucesión de disyuntivas que se acumulan, formando un recorrido. Hay una solución constructiva de los laberintos: el conocimiento, o la deducción, del algoritmo constitutivo. Y hay una solución empírica: la memoria de las decisiones pasadas, o sea el famoso hilo (o piolín, esa palabra ajena a la salsa colombiana) de Ariadna.

El general en su laberinto no es una obra de ficción aunque utilice las técnicas narrativas propias de la novela. Recuerda un género en boga en los años treinta, la historia novelada (piense por ejemplo el *Martínez de Zafra* de Stefan Zweig). Solamente un esteticista a ultranza puede negar la legitimidad de una tal operación. La contaminación de la novela con objetivos extra-narrativos es parte integrante de la historia de la novela, en la cual ha sido un reiterado mecanismo de revitalización. Lo que caracteriza a la "historia novelada" no es el uso de material histórico, sino el planicie de problemas y de tesis históricas en una posición central, a la que subordina la estructura narrativa. Un historiador que recomendará a un novelista el haberse tomado libertades con un personaje histórico será sólo un imbécil del tipo de Zdanov. El novelista no tiene la menor obligación de atenerse a la verdad histórica, ni a la verdad de las leyes físicas. En la narrativa las cosas pueden caer hacia arriba, con velocidad directamente proporcional a la musicalidad de su nombre; y, ¡oh! si de San Martín puede haber sido un pirata homosexual del estrecho de la Sonda.

García Márquez, sin embargo, nos propone su laberinto. Y en él reconocemos el problema que hemos intentado —quizás sin conseguirlo— resolver con los instrumentos de la crítica histórica. Su obra se ubica decididamente en la tradición de la "historia novelada". El suyo es un Bolívar "de tesis", que cuando habla lo hace a través de frases de sus cartas y proclamas o a través de las interpretaciones que de esas frases hicieron generaciones de historiadores y de ideólogos. El oficio del narrador ha revestido de carne este esqueleto, acentuando (a veces hasta el límite de lo grotesco) la fisicidad del personaje. Ha bajado a Bolívar de su pedestal en alguna de las incontables plazas que decora, le ha quitado los hombros la bota de paloma, ha fundido el bronce que lo cubre y nos lo ha presentado desnudo y enfermo. Pero lo ha hecho por fuerza, y no por dentro; las palabras de Bolívar son todavía de bronce y provienen del pedestal vacío.



El general en su laberinto, de Gabriel García Márquez, no es, en realidad, una obra de ficción aunque haya sido construida con las técnicas narrativas propias de la novela. El suyo es un Bolívar "de tesis" que habla a través de frases de sus cartas y proclamas o de las interpretaciones que a éstas le dieron las distintas generaciones de historiadores e ideólogos. El Bolívar aislado, envejecido y al borde de la derrota y la muerte, ¿es un apólogo de Fidel Castro? El laberinto de Bolívar no es el nuestro; identificarlos es sólo un nuevo modo de construir el mito. Estudiar la lógica de nuestro laberinto es más productivo que llorar la caducidad del viejo.

Que la narración sirve a la presentación de la tesis y no a la inversa se evidencia en el mismo mecanismo narrativo. García Márquez dedica una atención casi maniacal a las peripeyas del cuadro físico del héroe. El suyo es un Simón Bolívar de olores, sabores y dolores, que tose, vomita, se afeita, se baña, se arranca los pelos de la nariz, tiembla de fiebre, suelta "ventosidades pedregosas y fétidas" o "fragantes". Un metrónomo sensorial hecho de olores y sabores marca ritmo y tiempos de la narración: del agua de colonia del pañuelo con que se cubre la boca, del mate de amapolas que bebe, de las "flores de sepulcro" que lo hacen vomitar, de las hierbas aromáticas del baño, de la persona de Miranda Lyndsay, de las guayabas de su habitación de Monpox. Termina encontrando, en el olor del ingenio de Santa Marta donde lo esperaba la muerte, el olor del ingenio de San Mateo donde había nacido.

La materialidad física del personaje estábula por la continua presentación de su cuerpo desnudo, del que se describen minuciosamente los estragos que la enfermedad produce. Pero el recurso privilegiado del escritor colombiano es el uso del punto de vista del siervo personal de Bolívar, el esclavo mulato José Palacios. El héroe, visto desde la cocina, es sobre todo corto, estados de ánimo, asuntos domésticos, exploraciones de ira, abandonos, divagaciones, enfrentamientos sin adornos, sucia e ignoble. La historia, desde este ángulo de visión, se ve desde el otro lado, hacia afuera, en un serpúblico que el autor nos deja entrever sólo a través de los resquicios que quedan en la densa trama de la cotidianidad.

Lo que se alcanza a ver a través de los agujeros aparentemente distribuidos es el Bolívar del mito. El Bolívar grande, frente a los hombres pequeños que son sus enemigos y sus herederos. El Bolívar revolucionario, frente a los caudillos mezquinos y conservadores. El Bolívar unitario y latinoamericano, frente a los pueblos litigiosos y divisionistas. El Bolívar de bronce, ni más ni menos, ese paradigma que nos hacen tragar en los bancos de escuela. El autor no completa la operación de desracialización con una operación de desmitificación: más aún, moraliza el mito al filtrarlo a través de la fisicidad cotidiana del gran enfermo. Y es así como se queda —y nos dejó— dentro del laberinto, junto al cadáver del héroe caído, sin otra hipótesis acerca de la salud que la que llevó el protagonista al corredor cegado de Santa Marta.

Deseñaremos un poco de piolín del ovillo de Ariadna. El Bolívar real (y me refiero al público, y no al privado) se diferencia menos que lo que puede pensarse de los otros generales revolucionarios. Páez, Santander y hasta el mismo Sucre comparten, en el bien y en el mal, el horizonte intelectual, moral y político de Bolívar; habría que atribuir más bien a sus respectivos roles la diferencia de actitud: se encontraban en una posición que los volvía más sensibles a los sentimientos y a los intereses de la gente que gobernaban, y los alejaba de los grandes

proyectos geopolíticos de su comandante en jefe. Surestancias es síntoma y no causa del fracaso del sueño.

Todos ellos tenían una visión fuerte, menos oligárquica y restringida de la democracia. La palabra oligarquía ha sido usada en América Latina hasta gasterla, hasta privatizar de significado. Oligarquía viene del griego "oligo"; pocos; significa gobierno de pocos, gobierno de una minoría. Los hombres de la independencia se dividían en dos partidos: los monárquicos y los republicanos. Unos y otros eran partidarios de la forma oligárquica de gobierno: los asuntos públicos eran reservados a las aristocracias de propietarios y notables, excluyendo en forma expresa y legal el voto a los trabajadores, los pobres y los indios. Es lo que establece, por ejemplo, la constitución bolivariana.

En estos tiempos de horror ante la dictadura del proletariado, ante el decidido comunismo leninista y hasta ante la sangre verida por Robespierre, conviene recordar que los revolucionarios de la independencia creían firmemente en el Terror, en la represión, en la tortura, en el escarmiento a través de la masacre de inocentes, en la ejecución fácil y sin proceso. Bolívar, si se distinguía en algo de sus lugartenientes, era por su amor particular por los métodos represivos —ejercidos con un capricho o estilo de autocrata— y por su teorización constitucional de la dictadura como forma de gobierno más apropiada para la ex-América española.

En tanto a la sensibilidad social, si Bolívar se diferenciaba de los demás jefes revolucionarios era por la derecha. Aceptó tarde y a regañadientes la liberación de los esclavos, y no pudo por cierto acusérselo de simpatía y blandura hacia los indios. Los generales de la revolución, cuando pensaron y actuaron en términos económico-sociales, favorecieron el desarrollo de la hacienda o plantación agroexportadora, sobre la base de un peónaje semi-señorial a la manera mexicana. Si no siempre consiguieron hacerlo, no fue por culpa de ellos, sino del deseo de las masas que el mismo movimiento independentista produjo involuntariamente.

Oligarquía, dictadura, militarismo, peaje semi-señorial. Estos son los legados de la revolución del ochocientos, junto con la independencia anticolonialista, el latifundio, la libertad de la presa, el liberalismo. En lo bueno y en lo malo Bolívar era un hombre de su generación y de su padecer. No es aquí donde hay que buscar las raíces del conflicto que opuso el Liberalismo a los generales; no es este el laberinto. García Márquez presenta la cosa sin engaños, con sólo un dejo de anipataja —quizás caracterizado por el andino Santander.

El laberinto consiste en la concepción del Estado nacional, de sus límites, dimensiones, naturaleza y, sobre todo, de su principio de legitimidad. Bolívar, en numerosas ocasiones, proclamó la unidad de los hispanoamericanos (no de los latinoamericanos) en una única entidad estatal. Sus contradicciones reclamaron en cambio la autonomía estatal de las regiones que se habían independizado del colonialismo español. Es Bolívar el que aparece "grande" y moderno, precursor de la unidad latinoamericana; son sus opositores los que aparecen "pequeños", responsables del ciclo sucesivo de las guerras civiles, padres de patrias mutiladas.

La primera observación se refiere a la diferencia entre concepción ideal y política real. El plan de Bolívar, traducido en estrategia política, no sólo excluía el Brasil y Estados Unidos —lo que podía ser considerado lógico en su visión hispanoamericana— sino también el Río de la Plata, Chile y las Antillas. "No se olvide usted jamás de las tres

advertencias políticas que me he arrebatado a hacerle: primera, que no nos convieneadirnos en la Liga al Río de la Plata, sino adirnos a los Estados Unidos de América, y tercera, a libertar a La Habana. Estos tres puntos me parecen de la mayor importancia, pues creen que nuestra liga puede mantenerse perfectamente sin tocar los extremos del sur y del norte, y sin el establecimiento de una nueva república de Haití" (carta de Bolívar a Santander, en el período de preparación del Congreso de Panamá). Fracasado el intento, el plan de Bolívar se concretó como Federación de los Andes (Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia), y fluctuó entre la dictadura republicana y la monarquía hasta que se disuelve en sus partes componentes.

Un examen más cuidadoso del estado ideal de Bolívar pone seriamente en tela de juicio su modernidad. Para sus opositores la legitimidad de las nuevas formaciones estatales surgió del consenso (organizado en forma oligárquica, por cierto, este era el horizonte común) de los pueblos liberados; era un consenso desde abajo. Para Bolívar la legitimidad provenía del acto de la independencia: venía desde arriba, de un acto de voluntad armada, que se consagraba en el reconocimiento de las grandes potencias (de aquí por ejemplo los coquetos de Bolívar con la idea de monarquía homologable al sistema europeo, como antes los de Ibarburu, San Martín y Rivadavia, y después la desdicha experiencia práctica del monarca mexicano).

En el período 1815-1848 ("between revolutions", como lo llamaron los ingleses) la legitimidad desde abajo era el principio nuevo, y la integridad de las viejas unidades geográficas: fueron Estados Unidos, Austria-Hungría, URSS, India y China. La experiencia histórica parece demostrar que una tal legitimidad "multinacional" es realizable sólo a través de revoluciones profundas, que implican de hecho la destrucción de la vieja entidad imperial y la creación ex-novo del estado y sus bases pueblos liberados; era un consenso desde abajo.

Para Bolívar la legitimidad provenía del acto de la independencia: venía desde arriba, de un acto de voluntad armada, que se consagraba en el reconocimiento de las grandes potencias (de aquí por ejemplo los coquetos de Bolívar con la idea de monarquía homologable al sistema europeo, como antes los de Ibarburu, San Martín y Rivadavia, y después la desdicha experiencia práctica del monarca mexicano).

Las unidades geográficas era el principio caudillo, "Nuevo" era la independencia Bélgica, de Grecia o Italia; "viejo" era la representación de los viejos mapas imperiales que el 48 enterró definitivamente. El mundo del 1825 era un mundo de actualidad, Europa limitaba con dos grandes imperios: unificados el Ruso y el Turco. Más tarde se extendió los imperios asimétricos: al Perú, el Manchú y el Indo, este último bajo la dominación de Inglaterra. La historia del mundo desde entonces ha sido en buena medida de la explosión de todas estas "prisiones de Bolívar".

Es cierto que ha habido intentos de pasar de los imperios a la moderna legitimidad del estado sin romper la integridad de las viejas unidades geográficas: fueron Estados Unidos, Austria-Hungría, URSS, India y China. La experiencia histórica parece demostrar que una tal legitimidad "multinacional" es realizable sólo a través de revoluciones profundas, que implican de hecho la destrucción de la vieja entidad imperial y la creación ex-novo del estado y sus bases pueblos liberados; era un consenso desde abajo. Para Bolívar la legitimidad provenía del acto de la independencia: venía desde arriba, de un acto de voluntad armada, que se consagraba en el reconocimiento de las grandes potencias (de aquí por ejemplo los coquetos de Bolívar con la idea de monarquía homologable al sistema europeo, como antes los de Ibarburu, San Martín y Rivadavia, y después la desdicha experiencia práctica del monarca mexicano).

En el período 1815-1848 ("between revolutions", como lo llamaron los ingleses) la legitimidad desde abajo era el principio nuevo, y la integridad de las viejas unidades geográficas: fueron Estados Unidos, Austria-Hungría, URSS, India y China. La experiencia histórica parece demostrar que una tal legitimidad "multinacional" es realizable sólo a través de revoluciones profundas, que implican de hecho la destrucción de la vieja entidad imperial y la creación ex-novo del estado y sus bases pueblos liberados; era un consenso desde abajo.

Para Bolívar la legitimidad provenía del acto de la independencia: venía desde arriba, de un acto de voluntad armada, que se consagraba en el reconocimiento de las grandes potencias (de aquí por ejemplo los coquetos de Bolívar con la idea de monarquía homologable al sistema europeo, como antes los de Ibarburu, San Martín y Rivadavia, y después la desdicha experiencia práctica del monarca mexicano).

Novedades del Fondo

Daniel Chudnovsky - Juan Carlos del Bello
Las economías de Argentina e Italia
Situación actual y perspectiva de asociación

César Paternosto
La escultura inca
Una visión contemporánea

Robert L. Heilbroner
La formación de la sociedad económica

Diana Tussie
Los países menos desarrollados
y el sistema de comercio mundial.



FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Suipacha 617, 1008 Buenos Aires <> Tel: 322-7262/0825/9063

sus problemas no resueltos, identificándose directamente en el nuevo estado, y no en los precedentes.

No era este por cierto el caso de la ex-América española, cuyos revolucionarios independientes se limitaron a encuadrarse y ex-esclavos en las haciendas. El imperio de Bolívar, si hubiera tenido éxito, habría tenido como base social el "pueblo encasillado" a la manera mexicana, algo incompatible con la instituidoridad moderna. Incapaces de desarrollar y afirmar una nueva legitimidad desde abajo, hubiera sido una simple "prisión de Bolívar", a mitad entre el imperio nazi y el imperio turco, y hubiera terminado probablemente barrido por grandes rebeliones de pueblos hacia 1948. Como lo fue con anticipio que obliga a renover a los "caudillos" locales— hacia 1928. La experiencia histórica parece demostrar que una tal legitimidad "multinacional" es realizable sólo a través de revoluciones profundas, que implican de hecho la destrucción de la vieja entidad imperial y la creación ex-novo del estado y sus bases pueblos liberados; era un consenso desde abajo.

La trampa del laberinto, por tanto consiste en que es otro. No el de Bolívar, sino el de Ibarburu. Lo que nosotros llamamos "unidad latinoamericana" es un concepto de la segunda mitad del siglo XX, que presupone la precedente formación de los estados nacionales, chicos o grandes que fueron. Imaginar un europeo que reviviera a Carlos V como precursor de la unidad de su continente sería completamente ridículo. Ningún italiano piensa por ejemplo que haya sido una desgracia la división entre Nápoles y España, y menos que en enos se lamenta un belga por no depender de Madrid. La unidad europea es entendida como un ideal moderno, que supera y abarca las duramente conquistadas independencias nacionales. Es una curiosa enfermedad latinoamericana esa de reflotar antiguos proyectos fallidos de autócratas de cuarrel para fundamentar nuevas aspiraciones, no sólo democráticas sino también socialistas. Cabe pensar que hay algo que falta en nuestros planes modernos, a lo mejor tan democráticos como los socialistas.

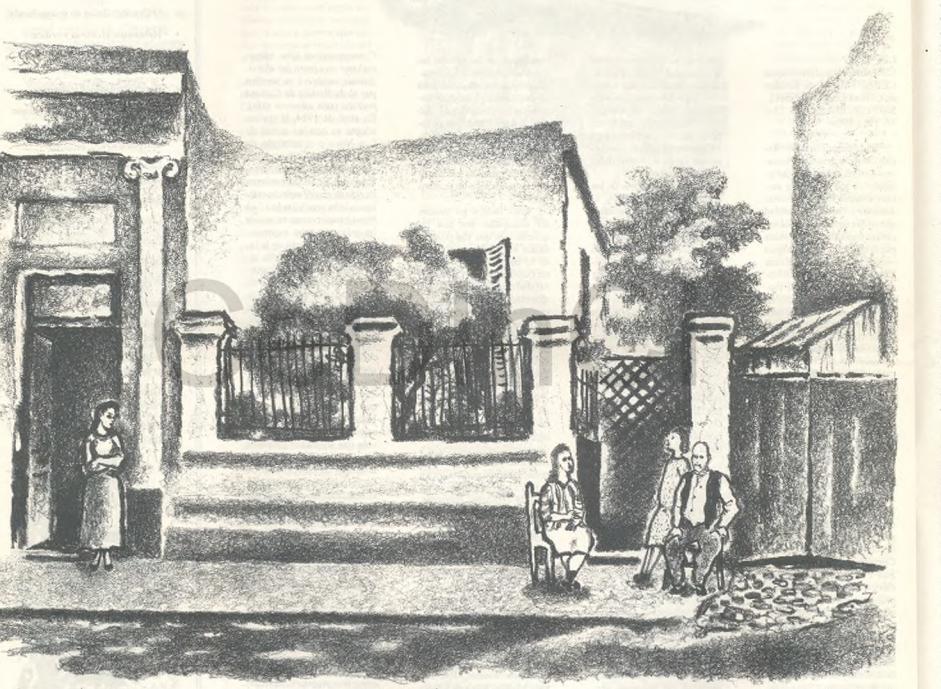
Alguno crítico malévolo ha querido ver en la biografía del Bolívar aislado, envejecido y al borde de la derrota y de la muerte un apólogo de la situación de otro grande soñador latinoamericano, de Fidel Castro. Nada en el libro deja suponer esto, ni la amistad del autor hacia el líder cubano autoriza a imaginarlo. Sin embargo, el interés de García Márquez por el Bolívar de la caída no puede ser casual, ni limitarse a la amistad del autor por el río Magdalena y la costa colombiana. También la "Revolución continental" del castrismo fué un laberinto, en el que puede haber quedado entrampada la nación cubana, junto con grupos de intelectuales y de activistas políticos de todos los países latinoamericanos. También el comunismo castrista comprendió la estatalidad como el fruto de un acto de voluntad armada, legitimidad de los poderes que los "hació nacer", como dirían los shaw. No sería lícito extender el paralelo: cada laberinto tiene su algoritmo constructivo. Estudiar la lógica del nuevo puede ser mucho más productivo que llorar la caducidad del viejo. Es a la historia de hoy que tenemos que encontrar una salida.

Ensayos

¿Habermas o Rorty? La disputa contemporánea sobre ética y acción política

Comunicación y Liberación

Remo Bodei



A debilitarse el pensamiento metafísico tradicional, y al perder prestigio aquellas filosofías que habían tratado de articular la realidad y el saber sobre la base de una razón universal y unitaria (casi marmórea), cuyas formas preceden al conocimiento efectivo de los contenidos particulares, parece volver a estar en auge, al mismo tiempo, un moderado o radical relativismo esceptíco. En realidad, como veremos, las cosas no son así y tras este rótulo se ocultan gran cantidad de serios problemas de distinta naturaleza.

De alguna manera tal "escepticismo" enfatiza la pluralidad y la autonomía de las culturas humanas, y se llena de patños y de participación empática, ante la vista de todo aquello que en filosofía se propone como

El descrédito de la dialéctica ha llevado a la disociación de la pareja conceptual contradicción-desarrollo.

Cuando la comunidad se basa en Nosotros y no en Los Otros. Todavía puede hipotetizarse la difusión, más allá de las élites, de una política y una moral fundamentadas en la prudencia y la sabiduría.

distinto, anómalo, caótico no remisible a la identidad o a la coherencia, ni semejable a la primacía histórica de una civilización hegemónica. Porque, en efecto, tras la idea de unidad de la razón humana se sospecha una voluntad de poder, inhibidora del crecimiento divergente de otras expresiones del pensamiento o, en el mejor de los casos, un

fantasma cultural que no se corresponde con nada. La polémica se ha hecho más fácil porque las diferencias de opinión son presentadas en forma cortés y civilizada, con un *gentleman's agreement* o *disagreement*, que se cuida muy bien, sin embargo, de profundizar los temas con argumentos racionales,

br el avem, contradicciones o contraposiciones insuperables y, posiblemente, injustificables; por el temor a descubrir una racionalidad conflictiva y dividida o, en fin, de ir al encuentro del peligro, aceptado por Freud, de poner en estadio de agitación al Aqueronte.

El mismo descrédito a que ha llegado la dialéctica —entendida como teoría de la razón que se desarrolla, no a pesar, sino gracias a la contradicción— ha llevado a la disociación de la pareja conceptual contradicción/desarrollo. Muchos consideran que el desarrollo del pensamiento y de la realidad, ya está bloqueado y transforman a la contradicción en algo menos traumático y comprendible como la *difference* o *diference*. La filosofía, entonces, considerando que el camino de desarrollo de la racionalidad está clausurado, habiendo perdido las esperanzas en el futuro, se limita a esta altura, con frecuencia, a "desconstruir" el pasado (Derrida), revalorando la tradición, la memoria, y hasta los prejuicios (Gadamer). Hoy se tiende a considerar, en general, que las actuales dificultades teóricas y prácticas no se pueden resolver, en forma inmediata, mediante el recurso a una racionalidad compacta y unitaria.

Una vez perdido ese fundamento de verdad en el que debería basarse todo discurso, sería ingenuo tratar de ampliar, de modo iluminista, la esfera de la verdad y el consenso, y restringir, en la misma proporción, la de la falsedad y el disenso. No quedaría otra posibilidad que la *piezas* por un pasado que muere y, en las palabras de Heidegger, por un presente siempre postulado, incapaz de recuperarse de su larga enfermedad. Al pensamiento sólo le sería posible una postura *Verwindung*, propia de un convaleciente, en lugar de la precedente postura prometedora del *Ueberwindung*.

De la razón al bricolage

Allí donde las filosofías del pasado habían concentrado sus esfuerzos para individualizar una estructura constante del pensamiento humano, en el espacio y el tiempo, para tender puentes entre pueblos y generaciones, la cultura, no sólo filosófica, parece poner el énfasis en desear todo esquema unitario que siga una línea ascendente.

Las pretensiones de unidad y de verdades universales, y su propia necesidad, se han atenuado. Existe, por cierto, un mayor respeto por lo diferente y por el Otro (la o mayúscula como pretende Levinas). Y esto tiene validez no sólo en el plano teórico, sino también en el ético y el político. A la vez, algunas de las influencias que provocan estas actitudes provienen de una extrapolación de lo que ocurre en el ámbito de las ciencias: provienen de una revalorización del papel que le corresponde al *bricolage* en la evolución de Jacques Monod, o del cumplido por la estabilización del azar, o por el desorden: creador de nuevas órdenes, en Ilias Prigogine. El elogio del azar, en el libro de Odo Marquardt *Apología des Zufälligen* (Stuttgart, 1986) representa en este aspecto un buen ejemplo.

La actualidad estas justas reivindicaciones parecen querer incursionar en el campo de la filosofía —como en los tiempos de Spengler— hacia una concepción monástica de las culturas, e intentar, o su total separación, u opciones con frecuencia declarada y orgullosamente étnocéntricas.

Llegamos ahora al núcleo de la confrontación con Habermas, dando por descontado el conocimiento de los puntos fundamen-



tales de su posición. Analicemos, entonces, los motivos de los ataques que Richard Rorty lanza contra la teoría de la universalidad de la razón, o de un consenso ilimitado, aunque dicha teoría haya sido concebida como forma de anticipar una humanidad todavía no preparada para lograr ese paso, para abandonar conflictos y discrepancias, en principio, resolubles.

De manera mucho más nítida que en *La filosofía y el espejo de la naturaleza* (1979) o en *Consecuencias del pragmatismo* (1981), a partir de *Solidaridad y objetividad* (1983) y hasta llegar a sus más recientes *papers*, Rorty puso el acento, cada vez más, en la discusión del problema de los acuerdos entre los hombres, del plano puramente teórico de la autoreflexión, o de la acción comunicativa habermasiana o del trascendentalismo de Apel, al *plano comunitario*, en el que se forman y desarrollan las creencias y convicciones de los hombres. De esta manera Rorty se inserta —como muestra también su recopilación de ensayos de 1982 *Consequences of Pragmatism*— en la tradición pragmatista de James y de Dewey, para los cuales la verdad es el resultado de reglas y procedimientos aceptados dentro de una comunidad determinada.

Su postura no tiene como único fundamento la declinación de la filosofía analítica americana, o la recuperación del pragmatismo "indigena"; o la aceptación de algunas tradiciones "continentales", antes desechadas, como ser la de Nietzsche; o la hermenéutica, tanto de Heidegger como de Gadamer.

En realidad, el rechaza aquellos que han sido los presupuestos plurimilenarios o pluriseculares de la filosofía occidental: la ideas de fundamento, de reflejo de la realidad a través del espejo no deformante de la razón.

La actualidad estas justas reivindicaciones parecen querer incursionar en el campo de la filosofía —como en los tiempos de Spengler— hacia una concepción monástica de las culturas, e intentar, o su total separación, u opciones con frecuencia declarada y orgullosamente étnocéntricas.

Según Rorty, las posturas ejemplares existentes en la historia del pensamiento, acerca de la verdad, son dos (y esto también

menéutica heideggeriana, atacando en masa la filosofía analítica anglosajona, intentando diferenciarse en posturas como las de Habermas y Putnam y, en el plano del debate sobre la "racionalidad", de aquellas de Martin Hollis y Steven Lukes) resulta muy interesante, pero muestra también resultados dudosos.

Para el liberal Rorty no se trata de deslegitimar la razón, o de caer en posturas aislacionistas en el plano intelectual o moral, o de proponerse la búsqueda de "raíces" compartidas en un mundo dominado por la incertidumbre. A él le interesa la "esperanza social", quiere captar, en cada caso, el sentido de los procedimientos argumentativos, o el porqué de determinadas normas éticas. Sostiene, únicamente, que los valores abstractamente universalistas, o trascendentales, desvirtúan a las comunidades históricas singulares y les impiden resolver problemas concretos y específicos.

Las pretensiones de universalidad

¡Pero entonces, cómo encontrar formas de verdad que no están atadas a prejuicios étnicos! Es aquí donde Rorty, en los últimos años, tiende a cambiar y a desplazarse lentamente de una mayor a una menor confianza en las posibilidades de crear puentes de comunicación entre los hombres, que pertenecen a un planeta interconectado mediante todo tipo de medio de comunicación y unificado por idiomas formalizados de origen europeo transformados en universales. Un planeta, sin embargo, dividido políticamente y económicamente y donde se están desintegrandos las diferentes "mundos de la vida" que cada colectividad comparte. Esta situación —como vemos— hace más creíbles las pretensiones de universalidad de Habermas y Apel que las de Rorty, porque éste destruye las bases de la idea misma de universalismo, por idíomas formalizados de origen europeo transformados en universales. Una planeta, sin embargo, dividido políticamente y económicamente y donde se están desintegrandos las diferentes "mundos de la vida" que cada colectividad comparte. Esta situación —como vemos— hace más creíbles las pretensiones de universalidad de Habermas y Apel que las de Rorty, porque éste destruye las bases de la idea misma de universalidad, por idíomas formalizados de origen europeo transformados en universales.

Platón, a fin de solaslar el relativismo

sofístico y etnológico —por el cual, por ejemplo, según Herodoto, los Massagetas se comían a sus padres por creer que la verdad tumba es el estómago de los hijos y rechazar, de haberlo conocido, el sistema griego de la privacidad—, elabora una teoría de la verdad no ligada a la comunidad de los diálogos concretos, sino a una comunidad artificial, que fija las reglas de validez del discurso enganchándolas a esencias (ideas) extrahumanas. La verdad se fundamenta así en procedimientos de carácter autoreflexivo, propios de una comunidad artificial resintiendo tal como la de los filósofos de una escuela determinada. Así la filosofía aparece como el lento y volátil destilado de la razón puro de toda la humanidad, que desde todos los tiempos y todos los lugares se fue acumulando, gota a gota, en un recipiente sagrado; o, como una "torre que no se derribaría", porque en vez de estar cimentada sobre las arenas movidas de las opiniones sujetivas y de los prejuicios de cada pueblo, se apoya firmemente sobre el gránito de la episteme, de la ciencia.

En contraste con dicha posición está aquella que transforma la objetividad en solidaridad, que vincula la verdad a prácticas reales de justificación y control, vigentes en una comunidad específica basadas en Nosotros y no en los Otros. En esta acepción lo verdadero será aquello que encierra mecanismos resistencias para ser aceptado por los habitantes, que han adoptado ciertas reglas fácticas, históricas, de verificación; y falso lo que encuentra mayor resistencia. La postura de Rorty (utilizando variantes de la her-

encia) es la solución de Rorty: En *La filosofía y el espejo de la naturaleza* aquella del discurso "edificante" (en el doble sentido arquitectónico y moral), sobre las formas, sobre la "conversación de la humanidad", que se entretejan constantemente y se transforman de modo tal, que aquellos que aparecen en el tiempo como los mismos problemas, en realidad constituyen problemas diferentes, signados por contextos de pertenencia. La educación debe entenderse como actividad esencialmente política, constante creadora de nexos, que se proyectan, también, como mensajes de sentido fuero de la comunidad de pertenencia. Usando una terminología derivada de William James, Rorty prefiere volviera "fluida" o "fluyente", a la manera del *steam of consciousness*, aunque para él, la edificación de ningún modo excluye el carácter de la her-

minar de destrucción de los edificios precedentes. Y lo que me parece notable es que en su hermenéutica no remplaza completamente la área ocupada por otras teorías con un nuevo edificio de pensamiento; que deje, por así decirlo, muchos espacios verdes, abiertos a la conversación africana y no normalizada o conglomerada en disciplinas ya construidas.

Si la polis ya no existe

En realidad, se trata de una conversación, no de un diálogo con fuertes pretensiones de verdad, aunque Rorty considera a la verdad como "comunitaria" dirigida a los criterios de justificación, no a los contenidos específicos, y trata de evitar todo tipo de especificación o de Unesco de las filosofías. Sin duda, el "espejo de la mente", que representaba sin distorsiones la imagen del mundo, está roto; tanto para él, como para Gadamer, o para Habermas. Queda la dimensión dialógica, la búsqueda intersubjetiva de la verdad: *Sein ein Gespräch wir sind*, como podría decirse con Holderlin. Pero nosotros mismos somos un diálogo, una trama de voces en la historia de la humanidad, una conversación en la que los interlocutores y los temas cambian, pero que mantiene, sin embargo, una línea de continuidad.

Para Rorty, desde este punto de vista, el único criterio válido es el aristotélico o neoorientalista de la *phronesis*, o de los participantes en el diálogo (cuyo significado el traduce mediante la expresión *savoir faire*), el esfuerzo que ellos hacen por comprender las diferencias, por interpretar e reinterpretar, evitando que los principios de comprensión se cristalicen, con la mirada atenta en los condicionamientos y las voces de los otros. La hermenéutica de Rorty tiene que ver con la creación de frágiles discursos en común, sometidos constantemente a la irrupción de argumentos que entran en la escena de los módulos vitales de los individuos, que no han tenido tiempo de aclimatarse, porque los decorados cambian. El apelar al cielo y al mundo de las ideas, desde Platón en adelante, está dictado por la inseñabilidad, por la búsqueda de certeza, más que por la de la verdad. En realidad, la filosofía platónica —como muestra el famoso ejemplo del *Meno*— no solo muestra el proceso de la *anamnesis* mediante la cual hasta un esclavo puede demostrar el teorema de Pitágoras, sino también el del aprendizaje de la universalidad de la razón, del reencuentro de un pleno común a todos los hombres: libres y esclavos, griegos y bárbaros. Estableciendo, de esta manera, las bases de una pedagogía de la humanidad y de una "utopía practicable", que puede ser confirmada por muchas experiencias parciales.

En este aspecto, la hermenéutica rortiana se parece más a un *ars longum*, o a un *ars inventum*, que al esfuerzo para comprender a otro, lo que implica marcar en consideración que toda interpretación puede ser una mala interpretación, si bien el margen de error y de diseño puede reducirse cada vez más. Aunque Rorty no se ilusiona con superar la barrera de la alteridad, quiere al menos —en el sentido que le da Gadamer— ser consciente del peso no eliminable de las propias tradiciones.

Con esta postura, al introducir nuevamente todos los criterios teóricos y prácticos de verdad, o de justicia, en el campo conflictual de la historia, de la tradición, de los prejuicios y de los intereses de comunidades espaciales y temporales específicas, ¿no se corre el riesgo de destruir los fundamentos de toda filosofía del conocimiento? ¿No se corre el riesgo de transformar la ilimitada posibilidad de comunicación intersubjetiva, la "conversación de la humanidad", en un diálogo entre algunos íntimos y, además, en un diálogo de sordos? Al recurrir a la *phronesis* (presente también en el Habermas de los años sesenta y los primeros setenta), gno se reconoce la imposibilidad

de producir reglas cognoscitivas o morales de validez universal? La más innovadora filosofía moderna (de Descartes a Hobbes, de Spinoza a Kant) ha realizado un esfuerzo soberbio por establecer criterios absolutos de verdad y de racionalidad, no sólo en el campo de las ciencias físico-matemáticas, sino también en el de la ética, la política, el derecho, sus trayectorias de la *phronesis* aristotélica y llevándolas a la *episteme moderna*. La geometría euclídea, la física newtoniana, y todas las ciencias triunfantes han sido consideradas como modelos vinculantes de la reflexión filosófica. Hallar un *fundamentum inconsumsum*, certezas indiscutibles, normas universales o universalizables, ha sido el objetivo de un grandioso proyecto de racionalización que equiparaba la razón práctica a los criterios de valoración de la razón teórica. En filosofía y en ciencias humanas este proyecto no ha producido resultados alentadores, porque con frecuencia se aplicó mecánicamente, o con exageradas ambiciones (Como mostró Freud en el Caso del delirio, evidencia y coherencia pueden constituirse, también, en síntoma de falsedad, de falso de razón). Por otra parte, corresponde agregar que ni siquiera la tradición que se funda en el modelo del cálculo (en sus variaciones neourgentistas, por ejemplo en Harsanyi) está en condiciones de ofrecer alternativas creíbles en el plano de la ética. En efecto, ella recurre a la ayuda de formas de benevolencia, o a actitudes morales, que no pueden deducirse de los presupuestos, sustancialmente estratégicos, de la propia doctrina de la acción. ¿Pero es la *phronesis* una alternativa práctica?

Con Joachim Ritter, Manfred Riedel y el neoorientalismo de nuestro siglo (en particular con la Arendt, McIntyre o Voltair), se ha producido, paralelamente, una revaloración de la *phronesis* y de la facultad de Jütt (la *kantiana Urteilskraft*) con relación al modelo de la razón unitaria, y universal, extraído de las ciencias modernas, y también

con relación a las éticas basadas sobre el cálculo, sobre la universalidad, o sobre la "universalidad". Pero, cuando ya no se vive en una Polis sino en un mundo de interdependencias planetarias, con una alta tasa de complejidad, desgarrado por conflictos de distinto tipo, signado por una específica "patología de la modernidad", ¿se puede mantener esa posición? La *phronesis* o la *Urteilskraft* presuponen, también a nivel político, individuos en condiciones de ponderar y evaluar una enorme cantidad de variables, dotados por consiguiente de una rica experiencia, de un hábito consolidado de "mandar" y "ser mandados", o sea, a cumplir por turno —como en las Atenas clásicas— con los distintos cargos políticos y judiciales. El intento más interesante de todos parece ser el hecho por Hanna Arendt —en los apuntes publicados en Chicago en 1982 con el título *Kant's Political*— que profundiza en la *phronesis* la ética y la política, y de jerarquizar en el campo de la ética, pero también, por reflejo, en el de la ciencia. Esto lleva, entre otras cosas, al abandono tanto del modelo dialógico (y de las filosofías de la historia que lo sostienen), cuanto de las teorías de la fe y de los restos (James y Pareto), y, finalmente, de las lógicas de potencia o de guerra (Nietzsche, Carl Schmitt o Foucault).

"Tejido artificial" y mundo de la vida

Es justamente Apel quien muestra que la hermenéutica tiene como presupuesto el mismo problema sobre el cual se funda, o sea, el de la comprensión, por cuanto no es capaz de explicar la norma sobre la que ella se basa para tener lugar, ni como se pueden evaluar las pretensiones de verdad entre las diferentes y divergentes interpretaciones. O sea, el terreno un metro profundo y toma prestados, sin analizarlos, cánones específicos. Se hace necesario reflexionar acerca de la pretensión de contar con un criterio filosófico de validez universal, que sirva de fundamento a todos los posibles enunciados que se quieran presentar como verdaderos o verificables. Tal pretensión de validez nace de una necesidad de consenso, que "se apoya sobre sí misma", pero que excluye el recurrir a la evidencia ofrecida por la conciencia privada, a una verdad que habita en *interiore nomine*. Obviamente, todo acción estratégica se muestra con frecuencia dominante en los hechos y con capacidad para inhibir o reducir las pretensiones de verdad a átomos muy limitados.

A diferencia de Rorty y de los neoorientalistas (de todos aquellos que se podrían incluir bajo el nombre de "comunitarios"), Habermas y Apel se esfuerzan por reconstruir, a través de la acción comunicativa o de la pragmática trascendental, ese *tejido artificial* de universalidad y de comunicación no violenta, que se ha vuelto tanto más necesario cuanto más fragmentado y lóbil se ha vuelto el mundo de la vida. El diálogo aparece, entonces, indirectamente, como un remiendo de los desgarros, de las *Entzweitungen* de un mundo dividido por intereses y conflictos, que sin embargo son separados de la zona franca de la comunicación, una especie de *taking care* con el caso de *Ania*, de Freud y Breuer. Se trata, por cierto, de reorientar una norma común, una *comunidad de verdad*, un pluriverso que no dejé de estar referido a una búsqüeda percibida como valor intrínseco de crecimiento, para todos y cada uno, queriendo sustituirlo y trasmitir de la "voluntad general" rousseauiana (no exenta de implicancias inquietantes), o del pacto hobbesiano, que tiende a evitar la muerte violenta de los hombres y la vida miserable del estado de naturaleza. En este sentido muy limitado, la elección de Habermas presenta algunas analogías con la de Hobbes: se归ora a la razón como la alternativa a una lucha aniquiladora o degenerativa. De todos modos, para Habermas ésta no solo no constituye un equivalente de la *ratio*, del cálculo, sino que tampoco se basa en el temor al poder, a una

antídoto a la preeminencia de los automatismos o de los sistemas autopácticos vehiculados por los *mass media* del dinero, del poder o de la racionalización burocrático-administrativa?

En síntesis, creo que desde un punto de vista teórico la situación puede verse así: en oposición a cualquier tipo de relativismo se percibe la necesidad de extraer una lógica consensual de la acción comunicativa, separada de las lógicas estratégicas, instrumentales y conflictuales. O de lo contrario, tal como lo entiende Apel, buscar una *Letzter-Begründung* preliminar de la racionalidad, o sea una fundación última de esta que haga posible un ordenamiento normativo, una verdad mínima. Es tipo de norma fundamental o *Grundnorm* pondrá al sujeto, agente y responsable, en condiciones de evaluar el desarrollo constante de teoría y práctica, y de jerarquizar en el campo de la ética, pero también, por reflejo, en el de la ciencia. Esto lleva, entre otras cosas, al abandono tanto del modelo dialógico (y de las filosofías de la historia que lo sostienen), cuanto de las teorías de la fe y de los restos (James y Pareto), y, finalmente, de las lógicas de potencia o de guerra (Nietzsche, Carl Schmitt o Foucault).

El marxismo se había propuesto la típica misión de eliminar de raíz las causas de la opresión y del conflicto entre los hombres; concluido el proceso, tanto la política como la acción estratégica y egoísta se habrían vuelto superiores gracias a la eliminación de las principales razones de la contingencia. Hoy todos podemos comprobar que tal objetivo es insostenible. Muchos deducen como conclusión implícita que ya nada se puede contra el poder excesivo de lo existente, contra la injusticia o la opresión. Con frecuencia, ni siquiera se profundiza en las razones del conflicto y las divergencias; y se las considera tildes. La sangrienta historia de nuestro siglo explica, en parte, este miedo a las verdades que se presentan u ofrecen como tales, también cuando se las quiere imponer en nombre de nobles ideas. A veces ha sucedido lo que afirmaba Salustio: *corruption optimi pessima*. En efecto, el nudo del problema está en que se ha vuelto extremadamente difícil presuponer un Nosotros, como fondo común de ideas y valores amplia y explícitamente compartidos, y relativamente constantes, en sociedades que cambian con mucha rapidez. *El Nosotros está dividido*: cada uno forma parte de distintos nosotros, de diferentes comunidades, y las quiere conservar a todas (no existe solo un "yo dividido" a la manera de Laing, sino también un "nosotros dividido"). A pesar de la habilidad de estas personas de reconocer la verdad debe tomar en consideración este peculiar pluralismo, tendencialmente divergente, pero también identificar un "ting" falso donde el enfrentamiento entre posturas divergentes sea posible, no reglado de acuerdo con las reglas corteses de la "conversación de la humanidad", sino con normas comparables y convincentes, que supriman no solo la violencia, sino también la astucia, el compromiso y el arreglo aceptado por negligencia, cansancio, etc. Gran parte de la estrategia de Habermas en la *Teoría de la acción comunicativa* y en el *Discurso filosófico de la modernidad*, está dirigida a exercisir el politeísmo de los valores sostenido por Max Weber, y a sustituirlo por ontologías regionales axiológicas dotadas de relativa compatibilidad o delimitadas de algún modo dentro de sus fronteras. Es cierto que no se pueden evitar invasiones e infiltraciones de una región a la otra (como en el caso de la religión del mundo de la vida por parte de la acción estratégica), pero todo el *pathos* recae, en forma defensiva, en la defensa de los confines, en el cordón sanitario tendido en torno a la acción comunicativa.

Si solo lo único que se pretende establecer es algún tipo de arreglo entre los hombres, los problemas no parecen ser hasta ahora absolutamente insuperables. Es cierto que se puede recurrir a posturas pragmáticas, de tipo aristotélico, o kantiano, rehabilitando la *phronesis*, el criterio social, la ética y la "dignidad" de persona; o bien, en el lenguaje del *telos* de la *phronesis*, usar el "jergón lingüístico" del siglo XX, y remplazar la tradición y las "virtudes", en vía de extinción, por la comunidad electiva de los dialogantes proyectados al *Verständnis*.

En el mundo de los juegos mixtos

soberanía por principio indiscutible y terrible. Se trata más bien de una razón antiautobusta, que debería contribuir al desarrollo del "iluminismo incumplido" de la modernidad.

El marxismo se había propuesto la típica misión de eliminar de raíz las causas de la opresión y del conflicto entre los hombres; concluido el proceso, tanto la política como la acción estratégica y egoísta se habrían vuelto superiores gracias a la eliminación de las principales razones de la contingencia. Hoy todos podemos comprobar que tal objetivo es insostenible. Muchos deducen como conclusión implícita que ya nada se puede contra el poder excesivo de lo existente, contra la injusticia o la opresión. Con frecuencia, ni siquiera se profundiza en las razones del conflicto y las divergencias; y se las considera tildes. La sangrienta historia de nuestro siglo explica, en parte, este miedo a las verdades que se presentan u ofrecen como tales, también cuando se las quiere imponer en nombre de nobles ideas. A veces ha sucedido lo que afirmaba Salustio: *corruption optimi pessima*. En efecto, el nudo del problema está en que se ha vuelto extremadamente difícil presuponer un Nosotros, como fondo común de ideas y valores amplia y explícitamente compartidos, y relativamente constantes, en sociedades que cambian con mucha rapidez. *El Nosotros está dividido*: cada uno forma parte de distintos nosotros, de diferentes comunidades, y las quiere conservar a todas (no existe solo un "yo dividido" a la manera de Laing, sino también un "nosotros dividido"). A pesar de la habilidad de estas personas de reconocer la verdad debe tomar en consideración este peculiar pluralismo, tendencialmente divergente, pero también identificar un "ting" falso donde el enfrentamiento entre posturas divergentes sea posible, no reglado de acuerdo con las reglas corteses de la "conversación de la humanidad", sino con normas comparables y convincentes, que supriman no solo la violencia, sino también la astucia, el compromiso y el arreglo aceptado por negligencia, cansancio, etc. Gran parte de la estrategia de Habermas en la *Teoría de la acción comunicativa* y en el *Discurso filosófico de la modernidad*, está dirigida a exercisir el politeísmo de los valores sostenido por Max Weber, y a sustituirlo por ontologías regionales axiológicas dotadas de relativa compatibilidad o delimitadas de algún modo dentro de sus fronteras. Es cierto que no se pueden evitar invasiones e infiltraciones de una región a la otra (como en el caso de la religión del mundo de la vida por parte de la acción estratégica), pero todo el *pathos* recae, en forma defensiva, en la defensa de los confines, en el cordón sanitario tendido en torno a la acción comunicativa.

Si solo lo único que se pretende establecer es algún tipo de arreglo entre los hombres, los problemas no parecen ser hasta ahora absolutamente insuperables. Es cierto que se puede recurrir a posturas pragmáticas, de tipo aristotélico, o kantiano, rehabilitando la *phronesis*, el criterio social, la ética y la "dignidad" de persona; o bien, en el lenguaje del *telos* de la *phronesis*, usar el "jergón lingüístico" del siglo XX, y remplazar la tradición y las "virtudes", en vía de extinción, por la comunidad electiva de los dialogantes proyectados al *Verständnis*.

En el mundo de los juegos mixtos



individuos que reconocen a los otros en su condición de sujetos libres dentro del discurso. Debe, por lo tanto, ir mucho más a fondo para encontrar y demostrar la raíz común que vincula la razón pura a la razón práctica. El lenguaje puede tener, además, habernasianamente, un objetivo interno, un *telos* propenso a la comunicación. ¿Pero es esto garantía suficiente contra su uso estratégico o instrumental? Son suficientes las reglas de "veracidad" fatigosamente establecidas? Estas convienen en parte, y convienen además con mi simpatía, pero no triunfan y dejan muchos puntos oscuros teóricamente.

Se va definiendo, en conclusión, una complementariedad todavía apurada, y una trama aún no develada, entre estas teorías y sus opuestas especiales, y las doctrinas rivales basadas sobre el *Polemós*, o sobre la imposibilidad de hallar verdades de naturaleza universal, compartidas por todos los hombres y todos los pueblos del mundo. Los que debemos pensar con profundidad, que demandan un plus de fuerza, y que nos dirigen desparatadas algunas vías intratables para el pensamiento filosófico actual. La primera concierne a la naturaleza del "mundo de la vida", de la *Lebenswelt*; la segunda a la relación entre *Logos* y *Polemós*, o sea entre la acción comunicativa y la acción instrumental.

En el segundo caso, se trata de pensar con mayor profundidad la articulación entre los niveles del *Logos* y del *Polemós*, de ética de la intención y de ética de la responsabilidad, y de conflicto no capaces de racionalizarse en la conciencia del individuo, de ganarse su consenso racional, sano, apenes, eventualmente, su adhesión emotiva y pasional. Son efficaces pero no convincentes y finalmente pueden resultar destrutivas.

Son dos las cuestiones fundamentales que debemos pensar con profundidad, que demandan un plus de fuerza, y que nos dirigen desparatadas algunas vías intratables para el pensamiento filosófico actual. La primera concierne a la naturaleza del "mundo de la vida", de la *Lebenswelt*; la segunda a la relación entre *Logos* y *Polemós*, o sea entre la acción comunicativa y la acción instrumental.

Las lógicas de separación del *Logos* del *Polemós* se dan, todos condensados a un cierto grado de impracticabilidad, en argumentos resolutivos, sino en dosis masivas de buena voluntad, aún cuando el fundamento último del acuerdo se logre en función de óptimos argumentos. La lógica, a su vez, tiene necesidad de una ética. ¿Pero cómo resolver, por ejemplo, el problema weberiano de la "politicidad de los valores"? Ha-

berman ha tratado de hacerlo en la *Teoría de la acción comunicativa*, pero sus resultados parecen todavía insuficientes. Simétricamente, las lógicas de potencia y de conflicto no son capaces de racionalizarse en la conciencia del individuo, de ganarse su consenso racional, sano, apenes, eventualmente, su adhesión emotiva y pasional. Son efficaces pero no convincentes y finalmente pueden resultar destrutivas.

En el segundo caso, se trata de pensar con mayor profundidad la articulación entre los niveles del *Logos* y del *Polemós*, de ética de la intención y de ética de la responsabilidad, y de conflicto no capaces de racionalizarse en la conciencia del individuo, de ganarse su consenso racional, sano, apenes, eventualmente, su adhesión emotiva y pasional. Entre los diferentes frutos, probablemente el más significativo es el cumplimiento de un paso decisivo de avance hacia la solución de los problemas que hemos tratado de afrontar juntos. Tal vez significa saber más sobre dónde buscar aquella raíz común de racionalidad, o de discursividad, que haría al género humano capaz, no solo de conflictos, sino también de acuerdos sensatos y no instrumentales. Significa, finalmente, descubrir cuáles resistencias y cuáles obstáculos, reales e imaginarios, hacen crecer tan dificultosamente esta raíz impiéndole desarrollarse. A nosotros, individuos dotados de una vida breve, a través del espíritu hegeliano que "tiene tiempo" ilimitado para desarrollarse, a nosotros, que estamos perdiendo la confianza en los grandes diseños de las filosofías de la historia, con los que se comprometieron tantas generaciones, esta esperanza nos parece ahora demasiado prolongada.

© Rinascita, 28, 1989. Traducción de Hugo Farsi.

Remo Bodei, filósofo comunista italiano. De él ya hemos publicado "Las dos caras de la democracia", en *La Ciudad Futura*.

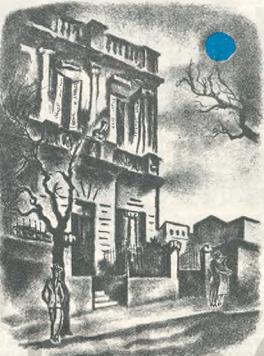
En el primer caso, una de las dificultades



Las elecciones y el desencanto

¿Crisis de la política?

Juan Carlos Portantiero



El tema de la declinación de los partidos como forma de mediación de los intereses recorre a las culturas políticas de Oriente desde hace ya un tiempo. Coincide, en gran medida, con la crisis de las coaliciones que sostuvieron en su momento a las diversas expresiones del Estado de Bienestar. Superado el encantamiento que producen inicialmente las transiciones democráticas una ola similar de crisis de la política parece tocarle ahora a nuestro continente.

Argentina, Brasil y Perú están transitando ahora por esa vía. A veces de forma grotesca. El empresario y animador televisivo Silvio Santos aparecía como favorito en las encuestas presidenciales brasileñas. Finalmente, un trámite administrativo lo impidió presentarse. Más suerte tuvo su colega peruano, Ricardo Belmont, quién ganó, con el 40% de los sufragios la decisiva alcaldía de Lima. Espalet, un cómico uruguayo, encarnando a un falso candidato que formulaba delirantes promesas, reunió mucha gente en las plazas. El fenómeno merece ser analizado pues más allá de las formas paródicas reseñadas, es evidente que el suceso de Collor de Mello, de Vargas Llosa y aún de Menem tiene que ver con qué la UCR es el principal enemigo, sumó los votos de Bussi a los del justicialismo y a los de la UCD y se tranquilizó pensando que se había dado una convergencia del noventa por ciento. Por suerte Orlando Britos, que había organizado la campaña electoral en la provincia, y en general la desvalía fracción renovadora del peronismo, descreyeron de esa aritmética fácil y peligrosa.

La repercusión de estos motivos ha sido muy acelerada en la Argentina, como lo demuestran últimas y recientes elecciones provinciales. Salvo en la localidad de San Lorenzo, en donde el peronismo revivió sus títulos, tanto en Tucumán, cuento en dos importantes ciudades como Santa Fe y Rosario, el justicialismo y el radicalismo fueron batidos por terceras fuerzas. Bussi ya había mostrado sus uñas el 14 de mayo pasado y ese mismo día otro protagonista de la dictadura, el coronel Ruiz Palacios, había ganado, ante la sorpresa general, la intendencia de Resistencia, con un mensaje mesiánico y antipolítico que analizamos en otras páginas de esta edición de LA CIUDAD FUTURA.

Un primera entrada a la cuestión lo que debe indicar es que se trata de un problema complejo que se resiste a las simplificaciones. Cuando el 5 de noviembre a la noche se recibían las noticias del triunfo de Bussi en Tucumán, la provincia en la que había implantado el orden de los sepulcros, un enorme y frío desasosiego recorrió al espíritu democrático de la república. ¿Vendría desde Tucumán la primera gran reivindicación del fatídico Proceso? Lamentablemente, con su habitual desenfado, el presidente Menem parecía convallada esa hipótesis. «Algunas cuestiones» —dijo entonces— tenemos en común con Bussi. La necesidad de crear un nuevo movimiento nacional donde no se excluya a nadie, la

pacificación nacional y el olvido de lo sucedido durante los años de dictadura». Obsesionado por su convicción de que la UCR es el principal enemigo, sumó los votos de Bussi a los del justicialismo y a los de la UCD y se tranquilizó pensando que se había dado una convergencia del noventa por ciento. Por suerte Orlando Britos, que había organizado la campaña electoral en la provincia, y en general la desvalía fracción renovadora del peronismo, descreyeron de esa aritmética fácil y peligrosa.

El 27 de noviembre un hecho electoral de signo inverso vino a confirmar la crisis de los grandes partidos. La Unidad Socialista triunfó en Rosario y llevaba a Héctor Cámpora a la intendencia. De manera aún más contundente la democracia progresista validaba viejos lauros en la capital provincial, dejando muy lejos a peronistas y toda vez más a radicales. Con todo lo auspicioso que para nosotros tiene el triunfo socialista en Rosario, habíamos de engañarnos si lo ubicáramos en su justa medida. Del mismo modo que sería apresurado creer que Tucumán es la cabecera de playa de la reivindicación de la dictadura, el triunfo de la Unidad Socialista en Rosario no es necesariamente la antecala de una expansión de la izquierda democrática en todo el país. Ambos hechos fueron, sobre todo, un vehículo para que se canalizara la insatisfacción colectiva.

El tema decisivo es, pues, esa insatisfacción y no —tardíamente al menos— la forma en que ella se expresa. Esta insatisfacción aparece bajo la forma de repudio a los grandes aparatos y como premio a formaciones locales capaces de castigar al peronismo sin favorecer al radicalismo. Así que el electorado quiso decir es que busca librarse del movimiento pendular de la gran política, de la atracción sucesiva hacia los protagonistas principales de un bipartidismo que se creyó consolidado en este primer tramo de la transición democrática. Ese esquema es el que

los simpáticos, las hazañas deportivas, la bonhomía provincial, imágenes todas ellas trituradas por la dureza de los "ajustes" y el canibalismo interno.

Es urgente que radicalismo y peronismo arreglen sus cuentas frente a la nueva situación que las últimas elecciones están planteando a gritos. No estaría mal que advirtieran que la gobernabilidad democrática pasa por acuerdos de sistema que ellos deben protagonizar y que un pacto de transformación, como el que necesita esta sociedad, los debe contar (a ellos o a fracciones importantes de ellos) como actores significativos. Me parece apresurado creer que el bipartidismo ha muerto en la Argentina; el voto entre nosotros es más estructurado que en otras sociedades latinoamericanas (pienso en la volatilidad de las electorales preferencias brasileñas, por ejemplo), pero serían necios si no advirtieran las señales que la sociedad está enviando. Es la forma de la política la que está en crisis; el narcisismo de los partidos; la creencia de que el control de los aparatos burocráticos otorga impunidad. Por eso, el rasgo primero del rechazo social toma las formas de crítica moral a la corrupción, al internismo y al apartheid, al desdén por los contratos electorales. El desencanto es, por naturaleza, ambiguo. Sus contenidos vienen después; alguien debe transmutar el rechazo ético en propuesta política.

Escibiendo sobre la España de la transición, Ludolfo Paramo señala en 1982: "el discurso desencantado interpela a los ciudadanos en cuanto gente común, ajena y contraria a los poderosos, a los que gobernan. Esto es precisamente su fuerza, pues puede aglutinar todo descontento ante las realicaciones del gobierno democrático". Este es el tema. Como socialistas, el triunfo de Rosario abre para nosotros una enorme esperanza: la de haber roto, después de años, un "ghetto" de indiferencia. Pero, ¿cómo hacer para lograr que ese punto de partida se expanda? Para que no sea una expresión local de ese desencanto más moral que político? En los lejanos sesenta, el socialismo triunfó, insólitamente en una comuna santiagueña, la de Atahualpa. Era un éxito puntual que no se repitió luego, pero generó —recuerdo— un desproporcionado triunfalismo. Es bueno que de una buena vez la idea de la victoria penetre entre nosotros, pero no lo es que lo haga de manera acrítica. En medio de los graves problemas que afectan al radicalismo y al peronismo, el socialismo puede ser —en la ambigüedad del desencanto— un punto de atracción colectiva. Pero deberá transformarse en referencia positiva de gobierno y no sólo de rechazo ético a lo que se presenta como corrupción e inefficiencia. El desafío está abierto, para la democracia que no puede prescindir todavía de los grandes partidos, pero que tampoco podrá consolidarse sólo con ellos y que en esta época de cambios deberá tener en un renovado socialismo un impulso formidable.

"La crisis de un discurso mágico: el desencanto de la política en la España postfranquista", (mimeo), 1982.